

La pobreza
en Barcelona en los
años del Big Crap
(2008-2014)

JESÚS MARTÍNEZ



EDITORIAL UOC

Director de la colección: Jordi Juste

Primera edición en lengua castellana: diciembre 2014
© Jesús Martínez, del texto

Imagen de la cubierta: Istockphoto
© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SL), de esta edición, 2014
Gran Via de les Corts Catalanes, 872, 3a planta
08018 Barcelona
www.editorialuoc.com

Realización editorial: Sònia Poch Masfarré
Impresión:

ISBN: 978-84-9064-517-8
Depósito legal: B.27428-2014

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del *copyright*.

Índice

HISTORIAS DE FRONTERA	15
LA CASA DE LOS ESPÍRITUS	23
EL PARTIDO.....	39
ENSAYO SOBRE LA CEGUERA	43
‘ESCLAVAR’.....	49
‘PIERNAS CANSADAS’	55
‘A LA CRIOLLA’.....	59
‘AMPALAYA’.....	69
‘TAXA’	77
PRISIONEROS	81
CIEN AÑOS DE PERDÓN.....	85



LA ESPERA.....	91
LAS RATAS.....	99
‘INDIANA JONES EN EL TEMPLO DE MOTI MAHAL’.	107
‘El padre indio’.....	109
‘El hijo pakistaní’.....	114
LA MONTAÑA DE BASURA.....	123
DOLCE & GABANNA.....	129
TARANTINO.....	135
LA SUBIDA.....	157
‘EL TRANSFORMADOR MATA’.....	165
LA ESTAFA.....	169
‘STOP ESPULSIONE’.....	175
EL SOLILOQUIO.....	187
EL TACATÁ.....	197
MAPA VISUAL DE LA MENDICIDAD.	205
La sonrisa.....	205
EL LOBO.....	209
HACER DEL BANCO TU CASA.....	217
El futuro.....	217



A Antonio Martínez Úbeda

A Manuel Rodríguez Ramos



“No hagáis como muchos obreros,
que ya no saben lo que son. Desclasados, eso son.”

Julio Garzón, abogado

* * *

“La escapada a Grecia estuvo muy bien. Como siempre,
incluso cuando voy a BCN, parece que estás en Disneyland.
No ves pobreza, no ves gente por la calle. Solo gente que
quiere descansar y otros que quieren sacarte los cuartos.”

Del correo electrónico de un amigo,
sobre las vacaciones del verano del 2014

* * *

“La indigencia y la pobreza embota los ánimos
y los torna pacientes, y arrebatada a los oprimidos
el generoso espíritu de rebelarse.”

Utopía, de Tomás Moro

“[los pobres] si no fueran capaces de ayudarse a sí mismos y de poseer confianza, no sobrevivirían hoy en día.”

Lo pequeño es hermoso, de E. F. Schumacher

* * *

“El lumpemproletariado [del alemán, *lumpen*: trapo; neologismo de Marx: desclasado], esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, si bien todas las condiciones de su vida lo hacen más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios.”

El manifiesto del partido comunista,
de Karl Marx y Friedrich Engels

* * *

“Sufro la manía de mirar qué hay detrás de las cosas y digo lo que todo el mundo sabe: la democracia es un sistema bloqueado, vigilado. Tenemos todas las libertades, pero estamos dentro de una burbuja. En las elecciones podemos quitar a un gobierno y poner a otro, pero no podemos cambiar el poder.”

El poder real es el económico y es el Fondo Monetario
Internacional quien determina nuestras vidas.”

José Saramago, abril de 2004,
en la presentación de su libro *Ensayo sobre la lucidez*

* * *

“Divendres a XVII de maig any MCCCCXXXVII
fou portada la dita infanta a dit spital, la qual dehien
que era filla d'en Querol quistà al carrer dels Tayers,
e fou portada al dit spital per ço com la mare de la dita
infanta havia haudes dues criatures e no.ls podia alletar
abdosos e havien pobresa segons madona d'en Clos testificà
e d'altres del veynat e fou presa per amor de Déu.”

Del capítulo “Els infants abandonats a les portes
de l'Hospital de Barcelona (1426-1439)”,
de *La pobreza y la asistencia*
a los pobres en la Cataluña medieval

(Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1982)

* * *

Pregunta. —¿Cuál es tu nombre?

Respuesta.—Asalariado.

P.—¿Quiénes son tus padres?

R.—Mi padre era asalariado, lo mismo que mi abuelo; pero los padres de mis padres fueron siervos y esclavos. Mi madre se llama Pobreza.

P.—¿De dónde vienes y adónde vas?

R.—Vengo de la pobreza y voy a la miseria pasando por el hospital, donde mi cuerpo servirá de campo de experimento para los medicamentos nuevos, y de tema de estudio para los doctores que curan a los privilegiados del Capital.

P.—¿Dónde naciste?

R.—En una miserable buhardilla, bajo el alero de la casa que mi padre y sus compañeros de trabajo habían construido.

P.—¿Cuál es tu religión?

R.—La religión del Capital.

“El catecismo de los trabajadores”,
en *La religión del capital*, de Paul Lafargue

“Los jueces de instrucción los tratarían de *desclasados*, condena sin apelación, excomunión mayor. Pero ¿quién había forjado ese término de *desclasados* sino los mismos que negaban la realidad cotidiana de la lucha de clases?”

Jacob. Recuerdos de un rebelde,
de Bernard Thomas (Txalaparta, 1991)

* * *

“Quedar desclasados en el *aclasisimo*
de la *borda de descamisados*”

La desheredada, de Benito Pérez Galdós
(Cátedra, 2004)

* * *

Nota del autor: En este trabajo, el poder neoliberal que escapa del control político se denomina Big Crap (BC; gran mierda, en sus siglas en inglés), en alusión al crac de 1929, que tuvo como consecuencia la gran depresión en Estados Unidos. El BC se refiere a la crisis económica que comenzó en el 2008 en España y que aún perdura.



Historias de frontera

“China eyes UK nuclear influence.” Lees la portada del *Financial Times* en el pub irlandés Dunne’s (Via Laietana, 19), con recuerdos del *Titanic*, de la naviera White Star Line (“The World’s largest liner”). Te tomas un cortado (1,50 euros), debajo de un cuadro sobre los “Martyres of the 1916 Rissing”, con los nombres de los nacionalistas irlandeses de la Insurrección de Pascua: James Connolly, Thomas Kent, Roger Casement...

Y lees *La jungla*, de Upton Sinclair, que ayuda a abrir los ojos. Novela de 1905 sobre los mataderos de carne de Chicago (*killing floor*), y las condiciones laborales de la inmigración: “Los vientos helados

del norte soplan con furia. Muchas veces, durante la noche, el termómetro desciende a diez, quince o veinte grados bajo cero...”.

En realidad, haces tiempo. A las nueve menos cuarto de la noche, a veinte metros del Dunne’s, se forma una cola para cenar gratis en un comedor social. A las nueve, en el Café Just (Sots-tinent Navarro, 18), voluntarios y educadores sociales de la Fundació Futur (“cuinem un futur millor”), con la colaboración de Càritas Diocesana de Barcelona, abren las puertas a los “sin techo”, a los expatriados del alma. La cola hierve con las historias de frontera. La frontera de la “exclusión social”.

De los primeros en la cola, Abderrahman Tallis (Nador, Marruecos, 1962), albañil chupado de cara, delgado como un palillo, con orzuelos en la barbilla. Apoyado en la pared, se ufana por no llegar tarde, y su amor propio (“no me gusta hurgar en la basura”) y su concepto de la dignidad humana, alto y valioso, le hace ser sarcástico y recatado.

“Llegué a Girona en 1993, y allí he trabajado en la obra, haciendo cualquier remedo: paredes, reves-

timientos, lavabos..., incluso para particulares. Pero todo se fue al carajo con el BC. Desde el 2009 estoy en el paro, y no encuentro nada. Dudo ya que alguien me quiera contratar, quizá sea viejo para ellos. Hace un año me vine a Barcelona, y aquí estoy”, desmenuza su relato Abderrahman, que ha encontrado un refugio relativamente estable en el cajero automático de la oficina 211 del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA, “100% tranquilidad”), en la calle Aragón 52, esquina con Rocafort, sito entre los locales Sixt (“rent a car”) y L’Escarpi (“calçats per a tots”).

PINTADA EN LA CALLE DE LOS RASOS DE PEGUERA.



El cajero del BBVA, abierto las 24 horas, está decorado con frases inverosímiles propias del sector: “Hipoteca fácil”. Abderrahman ha dejado preparados sus cartones, para que nadie le quite el sitio.

“De allí vengo ahora, y allí volveré esta noche. Duermo en la oficina. A veces, viene algún indigente, pero mientras no me moleste le dejo que entre. Siempre dejo la puerta del cajero abierta, no me gusta que esté cerrada, no me gusta”, repite, y describe su banco como si fuera el salón de estar de un ajardinado chalé en las afueras. Sarcástico. “Se está bien, mejor que en la calle.”

Ayer, de madrugada, entró un chico de unos treinta años del que no recuerda su aspecto, sacó la tarjeta de crédito, la insertó en la ranura y retiró una cantidad de dinero suficiente para correrse una juerga. Ese chico le dejó junto a su almohada de cartones un billete de 20 euros.

A veces, los servicios públicos actúan como deben: “De vez en cuando vienen los Mossos d’Esquadra y me preguntan si estoy bien y si alguien me ha molestado”.

Se conoce la ruta barcelonesa de los desposeídos: Por la mañana se toma un café en un bar de Horta-Guinardó donde no le cobran nada. Y al mediodía, come en el equipamiento municipal del Paral·lel, 97. Las tardes las pasa en la Barceloneta.

“Busco trabajo, sí, pero es que no hay nada. Si pudiera, me volvería a mi tierra”, masculla Abderrahman, que nunca ha querido formar una familia sin una sólida situación laboral.

En la cola, delante del excluido Abderrahman Tallis, un anciano de ochenta y pico años.

“Aquí, en el Café Just, me dan un plato de judías verdes y una naranja”, se relame, cargado con sus pertenencias.

“Este hombre no tiene donde caerse muerto”, admite con recrudescimiento Fouad, fornido y afectuoso, trabajador de la Fundació Futur, con las funciones de un amable portero de discoteca. En cada tanda, cada diez minutos, deja pasar a unas diez personas al Café Just. Pero a medida que entran y salen, otros llegan, por lo cual la cola no se termina nunca. “Normalmente vienen a cenar más de cien perso-

nas de barrios diferentes. Muchos vienen del Raval, donde hay unas historias que lo flipas.”

Algunas de esas historias de frontera: un argentino casado con una chica que enfermó de cáncer y a quien estafaron en la empresa en la que se empleaba; un joven de Tanzania con antecedentes penales a quien ya nadie quiere; una madre holandesa con su hija...

“Aquí hay historias que te hunden, demoledoras, y yo les escucho, no puedo hacer otra cosa”, se interesa Fouad.

Cuando alguien pretende colarse, sin la tarjeta de los servicios municipales que sirve de vale de entrada, Fouad lo pasa peor que el vagabundo: “Lo siento, hermano, de verdad, pero no puedes pasar”.

Si delante de Abderrahman espera Iván, detrás aguarda su turno Abdel Idrissi (Alhucemas, 1978), su paisano.

Al ver a este reportero tomar notas, Abdel pregunta, sin miedo: “¿Tú podrías conseguirme trabajo?”.

Y fuera de la cola, Salvador Morante (Manila, Filipinas, 1973), con una mochila y con mucha hambre: “¿Qué hay que hacer para poder comer?”.

Salvador duerme al raso, en la plaza Catalunya. Ha limpiado escaleras, pero ahora no encuentra colocación. Y no tiene nada que enviarle a su hija Isabel, que vive en Filipinas. “Quiero que tenga una buena educación”, desea.

Salvador, el excluido de entre los excluidos.

El informe de la Fundación Fomento de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada (Foessa), de 2013, es clarividente y da las pautas de la “fragmentación social”. Comienza así: “El año que dejamos ofrece muchas sombras desde la perspectiva de los derechos sociales, del bienestar social y, en definitiva, de los valores con que se sostiene nuestro modelo social. Se han alcanzado máximos históricos en desempleo y grandes aumentos de la desigualdad, mientras que los procesos de empobrecimiento y de inseguridad económica de los hogares españoles han llegado a un punto de difícil retorno”.

“A veces echo una Primitiva, a ver si me toca”, confiesa Abderrahman.

El sueño del albañil Abderrahman Tallis es seguir levantando edificios. Trabajar. Ganar dinero para poder

pagarse una cena en uno de los restaurantes junto a las antiguas murallas romanas: “Menú chuletón”.

La casa de los espíritus

Jamás hubiera pensado que el ruido inagotable de los medios de comunicación la podrían afectar de tal manera. Convencida de que su vocación no tenía adeptos en un país de náufragos como ella, que su interés por deshilvanar la prosa oceánica solo hallaría cobijo en los estantes de la biblioteca de Vallcivera, se quedó sorprendida por las voces que los micrófonos irradiaban. Percibió el eco de la gesta de las combinaciones poéticas en *Las uvas y el viento*, la canción politizada que Pablo Neruda escribió para glorificar la Revolución de Cuba. Escuchando el parte en la radio, sintió el escalofrío de los octosílabos en frases

como: “Nuestra lucha colectiva”, que redundaba tanto en el nosotros, que al final todos nosotros nos olvidamos de nosotros mismos. Ndrin Lea (Dibo, Costa de Marfil, 1977), vecina de la calle Les Agudes, participa en las tareas de reparto de comida del Banc d’Aliments *okupado*, el pasado 14 de agosto del 2013, por la Associació de Veïns de Ciutat Meridiana.

Hace cuatro años que Ndrin, con el pelo a lo *garçon*, llegó del África septentrional, con los granos del desierto cubriéndole los pies y con el sonajero de su perseverancia que no le dejaba descansar, más atada a sus compromisos de mujer independiente que a los propósitos de un mundo que comenzaba a cerrarle puertas. Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, Ndrin Lea se embarcó en otra odisea tan voluminosa como la inmigración: decidió hacer el doctorado en Literatura Latinoamericana, para lo cual aprendió a cultivar el idioma castellano con la prosodia de los capitanes extremeños en el continente andino, con la laxitud de un vocabulario que apreciaba por sus jotas y sus juanetes. Y con la nobleza de un espíritu consagrado

a las letras del existencialista Juan Carlos Onetti (*La cara de la desgracia*), de la maestra Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga (*Desolación*) y de la cuentista de sangre ardiente Isabel Allende (*La casa de los espíritus*).

A todo eso, y emperifollada de refranes que su francés natal no conseguía traducir con el mismo sentimiento con el que eran dichos (“tanto va el cántaro a la fuente...”), Ndrin dio a luz a Ángel Simeo, sanísimo varón de labios hinchados de tanto morder las cosas que ve. Como un apelativo cariñoso, su madre le llama Xavi, por el jugador del Fútbol Club Barcelona.

Y con Simeo a cuestas, con el que carga a la espalda como un fardo o una estola de piel, Ndrin se lanzó a buscar trabajo. De las crónicas de indias, de los avatares de la familia de Macondo y de las empalizadas verbales que Cabrera Infante levantó con su triplete (*Tres tristes tigres*), no se podía comer, pese a que su hijo Ángel, Xavi, sí saboreara la escritura, por los tarazonas en las conteras de los libros de prestado.

Así se encontraba la bella Ndrin, afrutados los ojos y con una mirada felina y exótica, cuando el inagotable ruido de la parrilla radiofónica le dio a conocer lo que le habría de dar alas con las que no desfallecer: en agosto, los vecinos forzaron la puerta de un “engendro” municipal para la creación de empresas (“tipo Barcelona Activa”, dirían unos; “un laboratorio de ideas”, dirían otros; “ateneo de fabricación digital”, dirían acullá), que por nombre Fab Lab (*Fabrication Laboratory*) se estaba instalando en los bajos de la escuela Sant Joan de la Creu, en la avenida Rasos de Peguera, 232.

Y allí, en una sala adaptada para personas con minusvalía, contra la pared, se atocharon cajas de alimentos con los que calmar el hambre de las barriadas limítrofes (Vallbona y Torre Baró).

Decidida a no ser una más en el listado de las ayudas oficiales, decidida a cargar con la responsabilidad de la “lucha colectiva”, que había escuchado de uno de los ciudadanos, y decidida a llenar el carro de la compra con los productos que escaseaban en su casa, Ndrin Lea, con un ajuar de estrofas mági-

cas como única dote, se acercó al Banc d'Aliments recién creado.

La pancarta “Por un barrio solidario” se había colgado sobre su cabeza, como una ofrenda a alguna divinidad ideológicamente pura. Aquel sábado por la tarde, la puerta estaba cerrada con llave.

Con la mochila ergonómica portabebés, en el que llevaba a Ángel, de 17 meses, dio unos pasos hasta el córner del campo de fútbol que comparten el Club Esportiu Unificat Ciutat Meridiana, el Club Esportiu Canyelles y el Racing Vallbona Club de Futbol.

No se pidió nada en el bar La Mery, un contenedor portuario adaptado para servir cafés. En el umbral de la puerta de chapa se refugió mientras esperaba el milagro de los panes y los peces, que ella hacía suyo como cualquier rito animista o como cualquier sura coránica que la pudieran alimentar con algo que le llenara el estómago además del alma.

Otras señoras se iban congregando en la berma del edificio de Rasos de Peguera, con sus carros de la compra vacíos, ligeros, livianos.

Entra ellas, Silvia Pedrosa (Barcelona, 1974), de pelo trigoño, con unos mechones verduzcos e ingobernables como rayos de sol trenzados. “Cubro 400 euros del Pirmi [Programa Interdepartamental de la Renda Mínima d’Inserció de Catalunya], y con eso he de pagar la luz, el agua, el gas... y el alquiler. No me da. Pero gracias que puedo pagar el techo, gracias a Dios que no estoy afectada por la hipoteca. Hasta ahora, y aunque tengo más de quince años cotizados, estaba a cero, no entraba nada de dinero en casa. Cuando digo cero, es cero”, respondía Silvia, con el hálito de su queja soplando por la encrucijada de cerros y riscos de Ciutat Meridiana, inabarcable, indescifrable, inentendible para el Govern conservador de la Plaça de Sant Jaume, con sus salones de gobelinos poblado de fifiriches cargos públicos. “Es la primera vez que vengo al banco de alimentos. Y me gusta que se hagan cosas así, por eso he empezado a colaborar en la Asociación de Vecinos. Somos un equipo, un equipo que se ayuda en todos los aspectos.”

A Silvia Pedrosa, henchida por la idea de justicia, la partía en dos la espada de los miserables de Victor

Hugo. Junto a ella, esperaba en la puerta del Banc d'Aliments Amalia Seco (Sevilla, 1953), tan silenciosa como una caléndula en el fragor del invierno, y que masticaba un chicle sin saliva. Desde 1971 reside en Barcelona, donde ha criado a sus dos hijos. “Yo he trabajado de limpieza toda mi vida, haciendo horas en casas particulares, con contrato en algunos casos, pero ahora no encuentro *na de na*”, rezongaba, con la coletilla del “pues, sí” anudada a las cuerdas vocales. “Pues, sí, no encuentro nada. Dos veces fui a la Iglesia, pero ya han dejado de repartir comida en la parroquia de Sant Bernart de Claravall. Y si no es por ellos [por la AVV Ciutat Meridiana], pues, sí, no sé, no sé.”

A los diez minutos, Manuel Cubero (Barcelona, 1967), con un manajo de llaves, bajaba la rampa que da acceso a la planta donde tenían que instalarse los ordenadores del Fab Lav.

Adentro, al fondo, en el espacio de una cancha de tenis, sobre el suelo pulido, apegados a la pared maestra, cajas de frutas y verduras de la cooperativa Gregal, de la *españa* en minúsculas con la que la Generalitat de Catalunya quiere romper: tomates

de Almonte (Huelva), batatas de Cádiz, pimientos de Málaga, berenjenas de Almería y plátanos de Canarias.

“Este jueves pasado, a las siete y media de la tarde, un amigo de un amigo me llamó desde Mercabarna por si queríamos ir a recoger estas cajas; lo que sobraba de unos palés. Nos vimos locos para conseguir una furgoneta, desesperados. Ayer, el Día de Todos los Santos, fuimos a recoger la mercancía que ya hemos empezado a repartir”, explicaba Filiberto Bravo (Almoharín, Cáceres, 1952), con la petilla de uno de los espadachines de *El caballero de Olmedo*, y con la sangre fresca de la juventud tardía que aún le riega de quimeras el cerebro.

Frente a las cajas Gregal, en la pared meridiana, de ladrillos rojos, paquetes de harina, de arroz y de lentejas (marcas Dacsa y Oromas). Y de queso fundido graso.

Los paquetes llevan una marca que recuerda las hambrunas en la Etiopía seca que dio la vuelta al mundo con el *We are the world* de Michael Jackson y su séquito de celebridades.

Esta es la etiqueta, de color azul: “Plan 2013 de ayuda alimentaria a las personas más necesitadas de la Unión Europea. Productos gratuitos. Prohibida su venta”. Al lado de la bandera con las 12 estrellas de la Unión, la firma: “Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente. Fondo Español de Garantía Agraria”. Y debajo, bien visible: “consumir preferentemente antes del 5/05/2014. Lote 125”.

En un mueble de caoba, la ficha fotocopiada que se ha de rellenar antes de salir, con pegatinas del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador (“La seva lluita és nostra”).

En el margen derecho de esta ficha se ha de anotar la cantidad de alimentos entregados: “Alimentos entregados: legumbre cocida, azúcar, harina de trigo, arroz, tomate, conservas de atún, conservas de sardina, pasta, galletas, yogures, leche, aceite de girasol, zumo, cereales, fruta y verdura fresca”.

Arrimada a una de las columnas que como pilones soportan la estructura, una nevera de gama blanca, vacía. Al otro lado, dos bombonas de butano. Y en un rincón, las pancartas de la “lucha colectiva”, enro-

lladas y deslucidas. Algunas yacen sobre un par de colchones y sobre las tablas de madera de una cama desarmada.

Lloraba. El pequeño mediocentro, Xavi, lloraba desconsoladamente porque había mordisqueado el jersey de lana, y los dientecitos se le habían quedado atrapados en el tejido de mala calidad de los bazares chinos.

Aceite, arroz, cereales y leche. Ndrin Lea llenó su carro con el aceite de los olivos, con el arroz blanco como la arena tostada del desierto, cuando uno se detiene para pasarlos por el cedazo. Y lo llenó con los cereales sabatinos y con la leche para los dientes de su bebé: “Sobre todo, lo que busco es leche”.

Los lunes por la mañana, durante una hora, la africana Ndrin Lea ayuda en el Banc d’Aliments. Después, echa a andar, buscando trabajo.

A la espera de leer su tesis, ha hallado en Ciutat Meridiana el sentido último de los versos nerudianos: “Todos tenían boca. / Cantaban hacia la primavera. / Todos”.

Los 300

La AVV de Ciutat Meridiana (Rasos de Peguera, 210) es un barracón pintado con las figuras de los incorregibles niños de *South Park* (Stan, Kyle, Cartman y Kenny). En sus cabezas, el término *lost* (fracasado).

En el tablón de anuncios, información contra los desahucios y contra la perversión del BC, alentada por la troika (Banco Central Europeo, Comisión Europea y Fondo Monetario Internacional). En otras palabras, la BC-estafa: “Yo soy el banquero, te doy casa y dinero, pero si no me lo devuelves, lo que pasa es que te quedas en la calle a dormir en mi cajero”.

Y en el tablón, las convocatorias assemblearias: “Tu situación comienza a ser desesperada, pero no quieres ser desahuciado como ya ha pasado con los otros 300 en el barrio. ¡Defiéndete!”.

Delante de la AVV, el acueducto de Ciutat Meridiana, del siglo XIX. Los amantes de la escalada le han echado el ojo.

Delante de la AVV, una papelera con este cartel: “Las papeleras no son para recoger las bolsas de

basura. Lleva la basura a los contenedores. Por un barrio limpio. Todos somos vecinos y, entre todos, hemos de construir un barrio mejor”.

Dentro de la papelera, una bolsa de basura.

Delante de la AVV, la señal que indica la proximidad de Mercadona, “supermercat de confiança”.

Delante de la AVV, la parada de autobús 140. En la marquesina, el cartel de la película *Don Jon* (Joseph Gordon-Levitt, 2013). Y este subtítulo: “Todos queremos un final feliz”.

Ciutat Meridiana es el fundo barcelonés con más desalojos de España.

En esta Termópilas barcelonesa, a las trescientas personas a quienes les han quitado el piso las socorren dos hombres “radicales”: Manuel Cubero, *El Cubi*, arqueólogo, que aplica la informática en los dibujos de cerámica de las excavaciones de las villas romanas, y Filiberto Bravo, *Fili*, que en 1964 llegó a una Barcelona gris y achacosa en la que empezó a trabajar como cortador textil.

Normalmente, ellos dos no se reúnen en la asociación, sino en el bar El Jardí, a 50 metros, en uno

de los terraplenes escalonados a los que da origen la vertiente jalonada de aportillados bloques de cemento, pobres, desconchados y a los que les falta una mano de pintura.

El 14 de agosto del 2013, media hora antes de *okupar* el futuro Fab Lab, se estaban tomando una Estrella Galicia en El Jardí. “Necesitábamos un local para dejar los alimentos. Veíamos la problemática del barrio: muchos pierden la ayuda, pierden los servicios básicos, pierden la vivienda, lo pierden todo, y no tienen ni para comer. Les decimos: ‘Primero, come; luego, si puedes, pagas la hipoteca’”, inquiera Fili, anarco de primera hora, a quien no le importa codearse con las monjitas en esta ardua tarea, apelmazado por las viejas fraternidades, y que siente simpatía por Juan Manuel Sánchez Gordillo, alcalde de Marinaleda (Sevilla). “Los servicios sociales no daban la atención debida, no daban una respuesta correcta. Teníamos que hacer algo. Mismamente, compramos alimentos básicos para frenar la emergencia; nos ayudó mucho la comisión de cocina del 15 M [movimiento de *indignados*, por el 15 de mayo

del 2011]. Teníamos hambrientos, pero no teníamos local. Y era una anomalía, una incongruencia. Se estaba construyendo esta cosa, esta especie de laboratorio de no se sabe qué, que es todo un sainete, que ni Valle-Inclán lo hubiera escrito. Y el dinero que se estaban gastando rondaba ya los dos millones de euros. Así que decidimos entrar en el recinto. Pero no hicimos daño, no nos convenía hacerlo. Trajimos compañeros especializados en abrir puertas, así que no destrozamos nada. Luego, entre todos, con los más activos, formamos una cadena humana y trasladamos los paquetes de comida desde la Asociación.”

Filiberto es el presidente de la AAV Ciutat Meridiana, en la que entró a formar parte en 1974.

Como fiel escudero, le secunda Manuel Cubero, que posee su propia empresa de diseño gráfico: By Cubi (www.bycubi.net). Desafiante, carismático, abotagado por el momento histórico que le ha tocado vivir: “*Okupamos* la sede de Regesa [según su web, como objetivo tienen “mejorar las condiciones de vida de la ciudadanía”] para protestar por la falta de alquileres sociales. En el tema de la vivienda, nos jun-

tamos con el colectivo 500x20 [“lloguer 100% públic i assequible”], de Nou Barris, y con la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, de Ada Colau, que nos ha servido de paraguas. Con esta experiencia, focalizamos un problema y lo hicimos visible. Y el problema es el de la desnutrición en muchas casas. Hicimos un estudio que así lo demuestra. Por eso no nos costó mucho *okupar* el Banc Aliments. Pero digo mal, porque a las pocas horas nos llamaron del Ajuntament para cedernos el espacio”, relata El Cubi, que hace cuatro años entró en la asociación, dispuesto a echarse la manta a la cabeza contra la pobreza, que parece que es imparable. “Ahora tenemos 535 familias apuntadas para recibir alimentos, muchas de ellas inmigrantes y que no tienen qué comer. Yo lo llamo *la politización de los excluidos.*”

Observador como un ornitólogo, El Cubi trabaja con la mirada aviesa, con la ceja fruncida, alerta por las fintas del lenguaje neoliberal que se cuela en los breves de los diarios: “Yo llamo esta época el *neo-despotismo ilustrado convergente.* Bueno, lo de ilustrado habría que discutirlo. Y lo llamo *neofeudalismo corpo-*

rativo. A quienes creen que han errado en la vida les convencemos de que la culpa no es de ellos, sino del sistema, que no chuta. Y lo llamo la *lobotomización de la gente*, que dejó de participar y de primar la integración, enchufada a la tele ante un partido de fútbol. Y hemos hecho añicos el discurso de la Barcelona del superávit, la Barcelona que tiene tanto dinero que no sabe qué hacer con él”.

Gestionan la pobreza sin ser su función. La que ha de encargarse de ello, la Administración, hace dejadez de funciones. Así que la AVV de Ciutat Meridiana, en este mundo kafkiano, está supliendo al Estado.

“En todo el mundo saben lo que hemos hecho”, apela.

“Estamos tejiendo redes de autogestión”, comprueba Filiberto Bravo, *Fili*, de la generación de los grupúsculos de izquierda.

Y Manuel Cubero, *El Cubi*, de la generación de los *hobbits*, agrega, entusiasmado a la vez colérico: “Somos como los Nazgûl de *El señor de los anillos*, de Tolkien: invisibles”.

El partido

“Avui, a les 16 hores, Real Madrid-Elche.”

En la cafetería-cervecería El Punt (Rambla del Brasil, 29) se puede seguir La Quiniela (“marque 14 signos por bloque –mínimo 2– en la zona de pronósticos”).

El sábado 22 de febrero, Abdul ve el partido, y de tanto en tanto pierde esa posición de firmes que le viene dada por una educación sentimental (laboral) seria, rígida, intransigente. –Se echa las manos a la cabeza según si el centrocampista Asier Illarramendi pierde el balón, según si el extremo Gareth Bale lanza un misil y marca otro golazo, según si el cuadro blanco

no aguanta las embestidas del contrario—. No es muy lisonjero ni muy dado a exteriorizar con ademanes de duelista los fervores que el fútbol levanta, pero de vez en cuando, Abdul estira los brazos y se los pone en la nuca, como aguantándose la pena por un penalti no pitado, estrechándolo contra sí, facturándolo.

Abdul es el padre de Ahmed Sheikh (Sialkot, Pakistán, 1991), un chico con una apetencia desacomplejada por las ciencias universitarias, aunque no haya podido cursar más estudios oficiales que los de la formación profesional. Ahmed ayuda a Abdul en el bar El Punt (“entrepans i copes”), sobre todo en las tardes de fútbol, cuando la clientela se toma una tapa a la salud de Ronaldo, Neymar y Diego Costa.

Arquetipo del trabajador ordenado, disciplinado y cumplidor, de aquellos que exigen porque lo dan todo desde el momento en el que fichan. Con la visión de un observador internacional, con el triángulo equidistante de sus ideas en los puntos de la bisectriz, y con los contrastes de un comisionado de la Unión para las relaciones bilaterales entre las regiones que no son estado, Ahmed habla con la espesura

de las palabras que no encuentran colocación. Ahora mismo está en paro. Y su padre, que con un ojo sigue la pelota, con otro se enternece por su hijo. Y a mitad de la conversación con este reportero, Abdul lanza un quejido, un ay que se anula en el aire como un viaje sin reserva, un suspiro salido de su corazón encharcado.

Abdul.—Ay mi hijo, usted búsquele un trabajo, por favor, por favor se lo pido.

Ahmed llegó a Barcelona en 1996. Estudió en el colegio Jaume I y en el instituto Emperador Carles. En el centro Pedraforca, en L’Hospitalet de Llobregat, se sacó el grado medio de auxiliar de farmacia: “Me habría gustado más estudiar la carrera de Medicina, pero hablemos claro, para eso se necesita pasta, y yo no tengo... Y mi familia bastante hace con poder pagar el alquiler...”.

En la escuela universitaria de enfermería del Hospital Sant Joan de Déu se formó como mediador cultural para el ámbito sanitario.

Ahmed, azorado por “eso de la crisis”, lamenta su suerte, pero es obstinado: “Cada mañana, voy a bus-

car trabajo, voy echando currículos durante unas tres horas. Pero eso, que pensamos una cosa para nuestra vida y luego pasa otra bien distinta”.

Políglota (inglés, panyabí, urdu, catalán), y con la tarjeta de identificación profesional que le acredita como vigilante de seguridad, Ahmed se esfuerza por salir del círculo vicioso de los parados, repulsivo término, como *extraditado*, *cártel* y *esterilizado*.

Abdul.—Si tú sabes, dale un trabajo a mi hijo, que es trabajador mi hijo, muy trabajador.

Abdul ya no mira el fútbol. Le pone la mano en el hombro a su chaval.

El Real Madrid venció al Elche: 3-0.

Ensayo sobre la ceguera

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

El Génesis, el primer libro del Antiguo Testamento, no solo pone las bases de la cristiandad, sino que interpreta el mundo, los mundos, con sus academias y sus mares de libertad, como solo lo hace la mitología griega, del Eros al Tánatos.

Génesis es también un nombre de mujer: “Mi madre era muy religiosa”, se complace Génesis Yeje Minaya (Santo Domingo, República Dominicana, 1994), estudiante de artes gráficas, cuyo rostro tantea con las *celebrities*: mezcla de la cantante Beyoncé,

de la actriz Lupita Nyong'o y de la modelo Naomi Campbell; a todas ellas las creó Dios para juntarlas y que tributaran por una chica tímida, que se emociona con las novelas cursis, con los pianos y las pianolas, y que padece de mal de tripa.

Génesis lleva unos días angustiada, y no consigue concentrarse con las maquetas de los libros de poesía, y su cabeza salta de la paleta de colores a las capas y sus vínculos de manera imperfecta, indecisa, incapaz de prestar atención.

El padre de Génesis sabe qué le pasa a su hija. “El lunes pasado tuvimos que dejar el piso en el que estábamos de alquiler. Allí vivimos los tres: mis dos hijas, Génesis y Sherly, que nació en el 2004, y yo. A las dos me las traje de la República Dominicana en el 2007. El lunes pasado vencía el plazo para que dejáramos la casa, en Grases, en el Poble Sec. Y ahora no sabemos qué hacer”, explica Andrés Elías Yeje (Santo Domingo, República Dominicana, 1966), de aspecto anodino, pero con la férrea voluntad de no rendirse pese a las inyecciones letales de un sol vengativo. Con los rizos de Maradona en el Mundial de

México 86, con la serpiente de cascabel de las deudas silbando en su oído, con la mitad de su ser de fondo llano amilanado por las caprichosas posiciones de los Rockefeller de turno, Andrés no hace otra cosa que echar currículos en talleres mecánicos de la ciudad de Barcelona.

“A Barcelona llegué en el 2003, cuando había trabajado. Un amigo me llamó y me dijo que necesitaban a alguien para instalar el sistema de aire acondicionado en los vehículos. Y pensó en mí”, se dulcifica, y se agarra al volante de su memoria para hablar de compresores y tornillos y de manos libres Bluetooth.

“También instalaba equipos de música y tintaba los cristales.”

En el 2011, en la vorágine de corruptelas, de primaveras y de despidos improcedentes, se empleó en el taller Climauto S. A., en la calle Rector Triadó, en el barrio de Hostafrancs.

Se le seca la garganta y traga saliva Andrés Elías, que juega de primera base en el equipo de *sóftbol* (deporte parecido al béisbol) que se llama Huracanes, en el área metropolitana de Barcelona (“en esto

siempre hemos sido la cantera de Estados Unidos, como el bateador Luis Polonia”).

Se halla en situación de residencia temporal, y espera que le otorguen la nacionalidad española: “Falta un papel, y la Policía Nacional se demora en entregarlo”.

“Me quedé sin trabajo, y entonces cobré el paro durante ocho meses. Y entonces se acabó, y ya no podía pagar los 560 euros mensuales de alquiler, con lo que nos hemos tenido que ir”, concluye Andrés, más centrado que las balanzas fiscales, más ahorrador que los planes PIVE, y que ha restringido el uso de Internet: “Hay que pagarlo, y los currículos los entrego en mano”.

Después de la frase “en mano” dice algo que solo lo podría escribir un poeta maldito de la talla de Baudelaire: “Íbamos tirando poco a poco. Pero ahora, el mundo se fue”.

En un locutorio, se metió en la página de Infojobs, y ahí colgó su aviso: “Técnico de aire acondicionado de vehículos con experiencia en servicios a domicilio, chofer y repartidor con vehículo propio”.

En la agencia de “desenvolupament local” Barcelona Activa está haciendo cursos de informática y de carretillero.

“Lo que necesito es una cuña, una recomendación como aquí se dice”, se calienta, y su discurso navega como una lancha neumática atestada de inmigrantes malienses, a la deriva: “La asistenta no me dice nada. La abogada me pide que siga esperando. Mi hermana, que vive en Miami, cree que allá tendría más posibilidades de encontrar trabajo. Y yo, yo... Por ahora hemos encontrado refugio en la casa de un amigo de Badalona”.

Génesis hunde en sus manos la cabecita, lastrada por las inclemencias económicas, que soplan más fuerte que la galerna, y se echa a llorar riosamente, como un gorrión, como las víctimas de la novela de José Saramago *Ensayo sobre la ceguera*.



‘Esclavar’

Pizzeria Di Carlo. La pizza que recordaves

Nova pizza cabrini+2 pits de pollastre per només
9,95 euros

Dissabtes d'Itàlia: 3 pizzes petites per 17,90
euros; 3 pizzes mitjanes per 21,30 euros; 3 pizzes
familiars per 32,40 euros

En la mesita de la entrada, la propaganda de las pizzas (peperoni, anchoas, salsa Jalisco...): Pizza Inn (“El mejor sabor de la pizza en barrio”), Ready Pizza (“Ready steady go!”) y Telepizza (“Nova FCBpizza”).

Aburrido como una ostra en el Foro Económico Mundial de Davos.

Inhibido como el Danubio a su paso por Dunaj, en Eslovaquia.

Enjuto como un perrito destripado en la feria de julio.

En el bloque de edificios de protección oficial X, en la calle Y, en la zona de Besòs de Barcelona, las horas muertas se calientan con un radiador de 230 vatios.

LA NIGERIANA HELEN ENYOWARA CON SUS NIÑOS DELANTE DE LA ASSOCIACIÓ DE VEÏNS DE CIUTAT MERIDIANA.



Bloque recién construido, de unos veinte pisos, la mitad desocupados. A treinta metros de la promoción, el cartel del Ajuntament: “Habitatges protegits per a joves. Cal estar inscrit al registre de sol·licitants d’Habitatge amb protecció oficial de Barcelona”.

Aburrido como un activista político en el centro comercial Columbia Mall, en Maryland.

Inhibido como la decadencia de la aristocracia.

Enjuto como un tobogán abandonado.

“Yo hago más de doce horas de trabajo, pero no me quejo, esto es lotería, otros están peor”, dice con el mohín crédulo de los ocelotes, aburrido, inhibido, enjuto.

El marroquí M (Rabat, 1980), que desde 2005 vive en Barcelona, trabaja como portero auxiliar, “no vigilante”. Su función consiste en custodiar la escalera de vecinos del bloque de edificios de protección oficial: “Muchos creen que aquí hay oficinas”.

Tú.—Realmente, ¿cuántas horas haces?

M.—No puedo decir, la empresa no deja decir las horas, sería perjudicar a la empresa.

Tú.—¿Estás sindicado?

M.—No sirven para nada, los sindicatos están supeditados al Régimen. No mandan. El Gobierno decide.

Tú.—Pero juntos, mejor, ¿no?

M.—Si te compras un piso, te *esclavan* [por te esclavizan], a todos les esclavan, y los tienen cogidos. Son mafias internacionales.

Tú.—¿Qué hacías en tu país?

M.—Yo era zapatero, pero eso, hoy, no vale para nada. No se puede competir con los chinos, te hunden. No quiero criticar a los chinos, pero la realidad es que han hundido el mercado.

Tú.—Pero tienes trabajo...

M.—Por eso digo que es una suerte, que hay gente peor que no alcanza mes. Antes éramos tres personas las que cubríamos el horario de todo el día, pero ahora somos dos. Mejor eso que nada. El trabajo es lo que hace que sigas la vida. Donde hay trabajo, va la vida.

Tú.—Exactamente, ¿cuál es tu función aquí?

M.—Vigilo. Y, de vez en vez, vienen personas, rumanos, pobres, que quieren entrar.

Tú.—¿Familias enteras?

M.—No, vienen de uno en uno, preguntan directamente, y miran de entrar, y si se meten en el piso, traen la familia. Eso ya nos pasó en otro sitio.

Tú.—Y ¿qué haces entonces?

M.—Soltar mentiras, y llamar a la policía. Son gente que si se mete en los pisos, ya no puedes hacer nada.

Tú.—¿Vienen a menudo?

M.—De vez en vez.

Tú.—Y ahora pasas el rato como puedes.

M.—Ayuda mucho Internet.

Tú.—¿Tienes ordenador?

M.—No, teléfono móvil. Estaba viendo las noticias, la reunión de los socialistas... Qué mal.

Tú.—Bueno, hacen lo que pueden.

M.—Con el gran capital no se puede luchar. No siempre se puede hacer lo que a uno le da la gana. Es como los niños, hay que obligarles a estudiar. Uno tiene que saber sus derechos, y el Estado tiene que manejarlos.

Tú.—Hay que poner límites, claro.

M.—Siempre, los niños tienen más poder que los padres.

Tú.—Pero se ha de invertir para tener unos buenos servicios sociales...

M.—Para tener buenos servicios sociales se ha de tener una buena economía.

Tú.—¿Cómo está Marruecos?

M.—Fatal, para que esté bien tiene que tener independencia.

Tú.—No entiendo, acaso no es ya independiente...

M.—Marruecos nunca ha existido, nunca. Marruecos no es Marruecos. Marruecos es un producto de Francia, lo que dejó Francia.

Tú.—A ver si mejoran las cosas...

M.—Todos tenemos aquella esperanza.

‘Piernas cansadas’

“Pakistani Umer - Carpintero

Reformas todo - Todo tipo de trabajos

El precio más atractivo y económico

Especialidades: cocina, puertas, cabinas de locutorio

e Internet

Servicio 24 horas”

Martes. Te paras delante de la farola. Lees este anuncio. Llamas al teléfono que aparece:

Voz.—¿Quién es?

Le explicas que eres periodista y que quieres hacerle una entrevista. No te entiende. Dice: “Ajá”.

Cuelga. A los pocos minutos, te llama.

Voz.—¿Sí, explicar de nuevo?

Le vuelves a explicar. La voz (supuestamente, Umer) te pasa a otra persona.

Otra voz.—¿Sí?

Le vuelves a explicar. La otra persona te pasa a otra persona.

Otra voz.—¿Sí?

Le explicas de nuevo.

Otra voz.—Sí, entiendo.

Umer para el sábado siguiente, a las once, en la peluquería de Mare de Déu de Port, 385: “Pregunte por mí en la peluquería. Vivo en el mismo edificio, en ático”.

El sábado, a las once menos cinco minutos, el carpintero Umer te llama por teléfono:

Umer.—No puedo, estar fuera de Barcelona, yo llamar otra vez.

Tú.—Estoy a un paso de la peluquería.

Umer.—Mucho lo siento, mucho lo siento.

Justo cuando cuelgas, te plantas en la peluquería Inram: “Corte de pelo, 5 euros”, la mitad de lo que se paga en las peluquerías de barrio.

Otros carteles en los cristales: “Se hace masajes: relajante, facial, para piernas cansadas...”; “Para señora: permanentes, 20 euros; manicura, 12 euros; cortar y secar, 8 euros”; “limpieza fácil, con hilo”, etcétera.

Efectivamente, Umer no está presente. “Se ha ido a buscar trabajo”, te indica el peluquero. Alguien lee en el diario las noticias sobre los disturbios en el barrio burgalés de Gamonal.

En Mare de Déu de Port, el camión del butano de la empresa Catalana del Butano, S. A., de dos plantas para más de cien bombonas.

En el cruce con la calle Química, Majid Hussain (Guyarat, Pakistán, 1978), empuja una carretilla cargada con siete bombonas de butano naranjas, con las señas de Repsol Butano (cada una de ellas pesa 25 kilos; en total, casi doscientos kilos). En muchas ocasiones, ha de subirlas por las escaleras hasta un quinto piso.

“Yo, a veces, aquí; a veces, por allí”, te resume Majid, sonriente y vigoroso, huesudo y resistente,

famélico y probo, quemado por el sol de la costa mediterránea, paraíso de las mafias internacionales. Se entiende que *por aquí* son los barrios de La Marina-Zona Franca; *por allí*, Balmes y el distrito de l'Eixample.

“Muchos no tenemos contrato, cobramos las propinas”, te suelta. “Me saco unos ochenta euros por día, depende de invierno o de verano.”

Majid Hussain se ha resignado a todo y aguanta lo que le echen. Llegó a España hace 14 años, y trabajó en la obra hasta el 2007.

Dentro de seis meses dejará el butano por un taxi.

‘A la criolla’

¿Sí o no? Sí por la imperiosa necesidad de llenarse el estómago, de calentarlo, de recomponerse vitalmente. No porque la “mala gente” le echaba para atrás.

A las once de la mañana del 14 de diciembre del 2013, después de que se fusilara a Jang Song Taek, tío del dictador de Corea del Norte, el inmigrante Johnny (“llámame Johnny”; Lima, Perú, 1965) no se decide a entrar en el comedor social de las Misioneras de la Caridad, la orden fundada por la Madre Teresa de Calcuta.

“Misioneras de la Caridad. Comedor Reino de la Paz. Lunes a domingo: 10.15 a 11.15 horas”, queda

escrito en una pancarta azul y blanca (los colores de esta comunidad católica) colgada del transepto, en la puerta lateral de la iglesia neoclásica de Sant Agustí, en Arc de Sant Agustí, 2, en el Raval.

Sí o no.

Si entra, es porque se le han acabado las regalías de la dulzura a Johnny, de mediana estatura, con la boca cerrada, como en un taller de alta costura, de pelos algodónados, negros de jazz, como la crin de un percherón. Él mismo se describe como un animal: la soledad del lobo, el desarraigo de un zorro, la desprotección de un pardal.

“Yo mismo me siento un animalito, sin hacer nada”, murmulla, y dobla la cerviz, como si estuviera confesando un venial pecado. “Yo llegué a Barcelona hace siete años. Me equivoqué. Cuando allí [en Perú] las cosas empezaban a ir bien, me vine acá, justo cuando aquí empezaba a ir mal todo. Vivo con mis hermanos y sus familias. Y para que vayan más desahogados, me he venido a comer aquí; bueno, es el desayuno, pero para muchos es el único plato del día, con esto aguantas hasta mañana.”

Si no entra, es porque las riñas y las peleas de los excluidos, esos seres invisibles, le pitán en los oídos, le alejan, le hieren. “No sé si entrar, porque estas pintas... En Lima, yo tenía un taller de escultura. Estudié Arte. Fíjate, yo vine a España más por un interés cultural que por otra cosa. Pensaba: ‘Europa es más avanzada, hay más cosas que aprender. Pero, ahora, como todo está dibujado, nada hay que hacer. Ahorita estoy como un artista en coma’”, medita Johnny, que busca trabajo en el sector de la limpieza, aunque también se las vale como mecánico. Se ha dado por vencido: “No hay nada, nada. Lo más seguro es que me vuelva a Perú, no sé. Yo no estoy acostumbrado a esto”.

A las once de la mañana del sábado 14 de diciembre del 2013, después de que el multimillonario Sheldon Adelson hubiera retirado el proyecto para levantar el complejo hotelero y de casinos del Eurovegas en la ciudad madrileña de Alcorcón, la “escoria” de la sociedad, según las juventudes de Plataforma per Catalunya, se congrega en Arc de Sant Agustí.

Los hay andrajosos, con la ropa hecha jirones, igual que Cantinflas. Los hay con el aspecto

ceñudo, disoluto, áspero. Uno de ellos, con un ojo tapado por una gasa, recuerda a un afectado por ácido hidrocianico en la Batalla de Loos, en la Primera Guerra Mundial. Los hay cadavéricos, como si hubieran firmado un contrato para ser los representantes de la niebla. Los hay resignados, hundidos, desangelados, con un puñal clavado en alguna bocacalle de sus pensamientos. Los hay renegados, desactivados, recubiertos por una fina capa de polvo de angustia, la cava de un minero loco que busca un filón en una montaña horadada por obuses del quince y medio. Los hay negros, de cualquier país africano negro como el carbón. Los hay rojos, con la cara acardenalada, suspendido cautelarmente su raciocinio, inutilizados para el censo en caso de referendo. Los hay con la camiseta del Che, pero con la condición humana disminuida, sin los quilates del ego, sin ninguna causa que les anime a moverse, sin ninguna aguja que les pinche.

Llegan por abajo, desde la calle Sant Pau, adonde desemboca Arc de Sant Agustí, que da a parar al Hotel España Ramblas, de cuatro estrellas y con

platos entrantes de 15 euros: miniensalda de judías, cangrejo real, mayonesa y caviar.

Llegan por arriba, desde la plaza Sant Agustí, en la que se forma el arroyo de personas sin hogar, pesebre de figuras decaídas. Allí, en la parroquia de la Inmaculada Concepción y San Lorenzo Ruiz, anexa a Sant Agustí, las pintadas ácratas: “666” (número diabólico); “paranoid” y “fuck off” (vulgarmente, *os follen*).

En esta iglesia, otras son las escrituras que compensan la inquina: “Jesús, jo confio en vos”; los diez mandamientos en tagalo, idioma de Filipinas (“ayuda a las víctimas del tifón”) y “respeta el silencio, habla con Dios y apaga tu móvil”.

Los pobres llegan por arriba, llegan por abajo. Cual el forajido Jesse James en La Frontera, en el Viejo Oeste, con su yegua Katie, ellos, los nuevos proscritos de este siglo, atan sus perros vagabundos, sarnosos, pulgosos y con la cabeza gacha, en la barandilla de la rampa que sube al reino del comedor social. Atan sus perros (“¡Tuna, ven aquí!”), y se apoyan bajo los arcos de la nave central. Tapan el único

grafiti que la brigada móvil de BCNeta no debería borrar: “Respect the homeless”.

En la calle Arc de Sant Agustí, mientras esperan en los muros, abren los comercios. Delante de ellos, el bar bodega Montse, con la pizarra que da cuenta del surtido ibérico (chorizo, jamón, queso...). Y la llamada al vicio: “Hay tabaco”.

En uno de los balcones, en esta minicalle: “Pontificia y Real Hermandad. Gran Poder. Esperanza macarena”.

En uno de los balcones, la pancarta “Volem un barri digne”.

En las banderolas colgadas de las farolas, reclamos del patrimonio arqueológico de la ciudad: “Vía sepulcral romana en la Plaça de la Vila de Madrid”.

En los troncos de las palmeras, tachaduras con rotulador.

A las once y cuarto de la mañana, entra el segundo turno de personas que desayunan, almuerzan y cenan, todo en uno.

Sí. El peruano Johnny se decide (“a veces, parece que todo te lleva hasta aquí, como si hubieras tocado

fondo”). Se saca las manos de los bolsillos. Gastadas las suelas de su calzado, se acerca hasta la verja del final de la rampa, bajo una imagen de la Virgen.

Uno de los voluntarios (voluntario 1), con un chaleco reflectante, le da un cartón, el vale necesario para el segundo control que vendrá después.

Johnny cruza la puerta del transepto. En la salita, bajo una bóveda, las imágenes de la Madre Teresa de Calcuta, anciana, arrugada, sonriente.

A diez metros, el segundo control, con el segundo voluntario (voluntario 2), que le recogerá el cartón y le dará paso al comedor, en el que se sientan unas doscientas personas. Antes de llegar a los asientos, los anuncios, en hojas DIN-A4, revisten las paredes, junto con la efigie del Papa Juan Pablo II: “Prohibido escupir al suelo y a las paredes”; “No alterar las normas de convivencia. Tratar con respeto al personal de servicio” y “No provocar altercados, riñas ni peleas dentro y fuera del local”.

El voluntario 1, que tartajea, avisa al voluntario 2: “Cuidado con el brasileño, que que que está armando bronca”.

El voluntario 2, con las gafas redondas de un topo, se encoge de hombros: “Esto es un cóctel explosivo”.

La madre superiora, la hermana Faustina, de Kenia, maternal, regordeta, flemática, acaricia los lomos de los desahuciados de la Casa de Dios: “Yo estoy aquí por Obra del Señor”. Y se persignará.

Después de haber comido, sale a la calle Patricia, chica de unos treinta años, como drogada o bebida, que no está en sus cabales, pero inocente y cariñosa. Lleva un gorro de lana, rastas y una camiseta deshilachada. Anda lentamente, con paradas que sirven para que eche la vista atrás y se dé media vuelta, convertida en estatua de pimienta y sal. Se dirige a la hermana Faustina:

Patricia.—Hermana, ¿cómo me llamo?

Hermana Faustina.—¿Cómo te llamas?

Patricia.—Yo soy Patricia, como *Patricia en el País de las Maravillas*.

Se ríe sola. La novela de Lewis Carroll se titula *Alicia en el País de las Maravillas*. Y mira la Virgen, sujeta en una peana, encima de su cabeza.

Patricia.—Quiero la Virgen de Montserrat aquí.

Hermana Faustina.—La tendrás.

Patricia.—Que si no, monto un pollo, o un concierto...

Salen los forajidos: unos, hablando solos; otros, desgajan la naranja; algunos, con bolsas de la cadena de supermercados Dia, llenas de pan duro. La verja se cierra. Una anciana con una fiambarrera (“week end”, escrito con letras *vintage*) llega todo lo corriendo que puede. Ha perdido el tren. Quiere entrar, pero no le dejan. La cárcel en la calle.

Los voluntarios sacan, en un carrito de la compra, los cartones de las cajas de leche Puleva.

El inmigrante Alfredo García (Cali, Colombia, 1960) le quita el candado a su bici: “Uy hermano, ahora está puta la vida, y perdóname la expresión. Uy hermano, me comí el paro y no me sale nada. Y estas monjitas te ponen el plato en la mesa y no te piden nada, ni papeles ni tarjetas de servicios sociales, hermano”.

“Si estás abajo, has de empezar de cero de nuevo. Continuamente me repito: ‘No voy a estar aquí, voy

a salir de aquí?. Porque luego la gente se transforma, y empieza a robar, que es una forma de supervivencia para muchos. Pero yo aún no soy un borrachito ni un enfermo depresivo, yo tengo una salida. Y si no voy al ritmo de los demás, a la criolla, como decimos allá, si no cruzo corriendo la pista, pues el carro me atropellará”, interioriza.

Sí. Johnny ha comido un plato de espagueti con carne picada. Un vaso de leche. Un cruasán.

Con el estómago lleno, puede pensar: “La felicidad es relativa. Quien no tiene, puede ser infeliz. Y necesita tener: una casa, un coche... Pero la felicidad es estar, en cualquier parte del mundo, con tu familia. Eso es la felicidad”.

‘Ampalaya’

Hayfan no es nombre de mujer. En chino, significa *petrel*, pájaro palmípedo (con los dedos como palmas, como palas). Hayfan es el nombre del tifón que ha pulverizado buena parte de Filipinas en los primeros diez días de noviembre del 2013. Yolanda. Así es como las autoridades de la Administración de Servicios Atmosféricos, Geofísicos y Astronómicos de Filipinas lo han bautizado. Yolanda sí es un nombre de mujer.

Connie B. Montroig (Cebú, 1966) es una filipina (“no lo mismo que china”) asentada en el Raval de Barcelona, “la segunda Filipinas”. Ninguno de sus

familiares se encuentra entre los casi seis mil fallecidos por los efectos devastadores del huracán Hayfan, el más mortífero hasta ahora. La filipina Connie (“en realidad, mi nombre es Concepción, Conchi”) se enfrenta en España a otro ciclón igual de nocivo, el del BC.

Morena de negro craqueado, con el tapiz negro de una sierra calcinada, su pelo suelto hace que parezca más alta de lo que en realidad es, pero no tanto para dejarla desmembrada o descompuesta. Como en un exilio interior, blanco y tímido es su cuello; el pintor Amedeo Modigliani lo habría estirado para estilizarlo y acanalarlo y tensarlo como el cuello de su amada Jeanne Hébuterne. Connie, “con maña para el negocio”, se levanta de su asiento, y como la ministra más mimada por la Organización Mundial del Comercio, se vende, ensalzando sus artículos, guardando silencio sobre lo que no tiene. Habla y musita y exclama, con los labios de rojo langostino y con las manos palpitando igual que su corazón de mar. Y con cuatro pasos que da, navega su cuerpo por la estancia, como un velero azul en el Caribe. Habla. No se calla. Le puede su alma de cántaro.

En el número 24 de la calle Luna, la misma calle de los prousianos librereros de Sigueleyendo y la misma calle donde se compran pastelitos de luna, en la tienda Vita Plus, Connie vende sus “verduras”.

Se explica: “En mi país se llaman *verduras*. Se trata de sobres dietéticos con brotes de boniato (la única planta con yodo), marango (limpia la sangre), amaranto o bleado (antifebril), hojas de chile (afrodisiaco) y hojas de yute (rica en vitaminas). Nada químico, todo bulba cien por cien natural”. Y se aparta el negro pelo, con la actitud de una arriesgada acróbata en el espectáculo *Dralion*, del Cirque du Soleil. “Tengo de cuatro sabores: naranja amarga, melón, guanábano y frutas.”

La tienda de Connie, en el dédalo de calles del casco viejo de Barcelona, se estrecha y se extiende a lo largo, con una sala interior en la que hace “demostraciones orientativas y gratuitas” del “natural health drink”.

En la puerta de este edificio de 1853, el aguinaldo con la invocación navideña: “Merry Christmas”. En la panadería de la esquina, anuncios de viajes organizados a Roma (“para canonización”), y monay (pan

típico de Filipinas). Cerca, se pueden adquirir bananas, kakis y *ampalayas*.

Hace dos años que adquirió la licencia para la venta de estas cinco “hierbas energéticas”, algo que guarda similitudes con la estructura piramidal de Herbalife (en el argot, mercadotecnia en red; las dos empresas son de origen estadounidense). Ofrece “suplementos nutricionales” (un sobre por dos euros). Los viajeros obtienen beneficios por las ventas directas y por las ventas de los comerciales a los que han introducido en el negocio.

De la promoción de Vita Plus: “¡Estar sano, ser distribuidor, ser un millonario!”.

En la tarjeta de visita, y en inglés, más de quinientos caracteres de información “contra enfermedades” (“ayuda a proteger tu cuerpo contra dolencias”). El Vita Plus (“con poder de hierbas”; representado por hojas verdes) es bueno, según las indicaciones, contra el cáncer de colon, la artritis, el dengue, y contra otros veinte males del demonio.

“Yo antes vendía ropa de mujer, pero la crisis...”, se entristece Connie, que torpedea de nuevo con su

buena disposición de ánimo: “Yo vendía ropa buena, de calidad, cien por cien algodón... Pero no podía competir con los chinos. No podía vender la camiseta por dos euros”.

Cojea el buen humor cuando menciona a sus vecinos: “Me siguen comparando con los chinos. Yo soy de Asia, pero no tengo nada que ver con los chinos. Es como si a ti te dijeran *suco*. Además, hablo el bisaya, de mi distrito, que es como vuestro catalán. En Manila, la capital, se habla el tagalo, y no tiene nada que ver con mi idioma materno”.

La filipina Connie B. Montroig llegó a Barcelona en el 2000. En su país conoció a Jordi Montroig, su marido, de quien se enamoró.

“Yo era guía turística, y mira, me enamoré de un catalán muy catalán. Le dije: ‘Si me quieres, cástate conmigo’. Y volvió a Filipinas y nos casamos. Mi suegra temía por el avión, porque es un viaje largo”, sintetiza esta mujer que se multiplica por mil, como un *hip hop* ubicuo. “Cada año, voy dos veces a Cebú, porque allí tengo a mis cinco hermanos, y también tengo un par de negocios más.”

Los establecimientos a los que se refiere Connie son una hamburguesería “abierta 24 horas” y un videoclub. Y en Barcelona, también está pensando en alquilar un local para montar una zapatería: “Quiero vender calzado deportivo de primeras marcas: Nike, Adidas, Fila... Cuesta convencer a los catalanes de que estas hierbas se pueden beber y que van bien contra el asma y la sinusitis, por ejemplo. Los catalanes son muuuy conservadores.”

Connie, como las vocalistas Nina Simone, Edith Piaf y María Callas, es una mujer que se ha cultivado como una rosa negra. Siendo positiva, dice *no*.

No es una “chacha filipina” (“aprovecho para que mis amigas que sí lo son recomienden mis hierbas a sus señoras”).

No es racista (“todavía queda racismo en España, incluso el médico es racista”).

No le gusta la liberalidad de las costumbres (“yo soy católica; respeto en la pareja, sobre todo”).

No le gusta tener la casa patas arriba, según su tradicional concepto de *hogar* (“cocino, y luego estudio”).

No le gusta estar de brazos cruzados (“en enero me apunto a clases de catalán”).

Le soltaban: “Pero si tú eres una mujer fuerte, ¿por qué vas a España?”.

Entonces, sale a relucir la guerra de Filipinas, cuando esta era una colonia española, cuando los rebeldes del Katipunan se enfrentaron a la metrópoli: “¿Adónde vas? ¿No ves que los españoles están malditos’, me decían”.

A Connie no le gusta la recesión que apelmaza el sur de Europa, especialmente en España: “Ahora España baja, muy hondo baja. ¡Buf, la crisis! Y ahora mi país sube. Bueno, ahora está la tragedia del tifón”.

Yolanda.



‘Taxa’

Apenas se inclina, como una estatua alada, y alarga el brazo, tan largo como un gaseoducto, con el que manipula y vende pañuelos de papel de la marca Selex (“suaves y resistentes; cuida tu casa”): dos paquetes, la voluntad. Este reportero le dará un euro.

Negro como las paredes chamuscadas, a cuestras con la carga de la paternidad, atolondrado y reservado, como si acabara de finalizar un curso intensivo de planificación de campañas de márketing. Se hace llamar Peter (“no es importante mi nombre, importante es papeles”). Inmigrante indocumentado, vende clínex en la esquina de la Rambla de Catalunya

(en obras) con la calle Provença, frente a la oficina 3372 de “la Caixa”, en la que hay pegado un cartel de ciclo de cine “La força del talent”, organizado por la concejalía de la Dona y Drets Civils del Ajuntament de Barcelona.

De pie, vigilante, sufrido como Leonarda, la niña gitana de origen kosovar expulsada de Francia.

Reportero.—¿Llevas mucho tiempo en Barcelona?

Peter.—Cuatro años.

Reportero. —¿Cómo llegaste?...

Acaso porque espera que le ocurra algún suceso desagradable, se calla. Sin apartar la mirada del bolígrafo Parker, como si este fuera el arma química de la guerra de Siria o una navaja automática. Extrañado, pide una identificación, solicita conocer la identidad de quien por él se interesa. Cuando, con dificultad y despaciosamente, lee la palabra *reportero*, respira, aliviado: “Ah, journalist!”. Entonces, la conversación fluye. Este reportero le es cómplice: “Como ves, los dos trabajamos en la calle”. Él deja de estar tenso, y sonrío.

Peter.—Yo necesita papeles, más gente también necesita papeles. Con papeles tiene inteligencia para

hacer cosas. Si yo tengo papeles, puedo hacer cosas. Puedo pagar mis *taxas* [impuestos].

Peter comparte piso en Barcelona con otros inmigrantes. En la misma casa, además, viven su mujer, desocupada, y sus dos hijos pequeños.

Peter.—La responsabilidad para mí para dar de comer a mi mujer y a mis hijos.

Nacido en 1983, en Sudán, como un vulnerable retoño, hace cuatro años que se vino desde Tánger, en Marruecos. En Tánger se embarcó en una patera que, después de varias horas de bamboleo debido al fuerte oleaje, llegó a Tarifa. Y de Tarifa a Barcelona, en diferentes medios de locomoción.

Desde entonces ha hecho multitud de trabajos esporádicos, “por horas”. Y se ha ido descomponiendo, por mor de su osadía, en mil capas, desdoblándose como uno de los pañuelos blancos que ofrece. Frágil y potente al mismo tiempo, como el consultor y agente de la CIA Edward Snowden.

Peter.—Podría haber venido en avión a España, pero no tenía papeles. Yo, ilegal.

Se aleja. Sigue vendiendo.

A tres pasos, frente a la iglesia Mare de Déu de Montsió, dos personas, que parece que sean madre e hijo, piden limosna.

En el cruce de Rambla de Catalunya con Rosselló, otra entidad financiera: Banc Sabadell. En la publicidad titulada “seny” (“para nosotros es una forma de hacer banca”), participan periodistas, pese a la prohibición expresa en el punto 7 del código deontológico del Col·legi de Periodistes de Catalunya: “No s’ha de simultaniejar l’exercici de l’activitat periodística amb altres activitats professionals incompatibles amb la deontologia de la informació, com la publicitat”.

Peter se pasea delante de estos rostros, en la vitrina del Banca Sabadell.

Él no gana nada.

Prisioneros

¿Quién sabe si esta chica ha frecuentado los festivales *punks* de Alemania del Este? Rellenita como un perol el día de la matanza, rosada con vivos colores, embriagada de un aire fresco y matutino, con una salud de hierro, avispada, poco desvergonzada, y en paz consigo misma. Así aparece Jana Chlupova (Brno, República Checa, 1985), ser animado, curvilíneo, asendereada en su camino hasta Barcelona, cubierta de una especie de aura. Desde hace dos meses, Jana vive en la nave central del invernadero del parque de la Ciutadella (Passeig de Picasso, 8), cubierto de follaje y bajo un manto de hierros blan-

cos victorianos, descangallados, que le dan un aspecto nostálgico y nada mísero. Echados en el suelo, manirroto, ella y sus amigos se abrazan y se cuentan cosas, como taumaturgos del amor y de la fraternidad universales.

Bicicletas, colchones, escobas, botas, zapatos... Objetos personales y enseres de primera necesidad. Primo Levi, el escritor que sobrevivió a Auschwitz, lo puso en *La tregua*, la segunda parte de su trilogía sobre el Holocausto: “En la guerra dos cosas son importantes: la comida y los zapatos”.

En el interior del invernadero, adonde este reportero iba en el 2005 para sentarse en las sillas de anea de la cafetería, los zapatos están desaparejados.

El *hibernacle*, obra de Josep Amargós, se construyó para la Exposición Universal de 1888. Por la parte que da a la carretera, se lee este anuncio pegado a un puesto de helados: “Chica joven, amante de los animales, se ofrece para pasear perros a cualquier hora”.

Jana salta la verja de hierro. Alguno de sus compañeros, que sale de una tienda de campaña instalada junto a las enredaderas, levanta en brazos a Jamal,

perro giboso de pelambre tostada. Y los dos, Jana y Jamal, salen a pasear por los alrededores, en las cercanías de la estatua ecuestre dedicada al general Prim, rodeada de autocares Nizatour y de vallas publicitarias con las películas que se acaban de estrenar: *Prisioneros* (Denis Villeneuve, 2013), sobre la pérdida de los seres queridos.

Este reportero la aborda junto a la fuente octogonal de ladrillo rojo con un zorro y un pelícano ceñudo, obra alegórica de mármol. Jana chapurrea el castellano, con una dicción clara pero grotesca, porque clava las consonantes antes de enhebrarlas y formar una palabra, como si pensase en voz alta la construcción silábica y luego la ordenara a cachos, dándole el sentido final que ya se ha dejado entrever. Lleva una cinta en el pelo hirsuto.

Reportero.—¿Cuántos estáis viviendo en el invernadero?

Jana.—Siete u ocho.

R.—¿Hay niños?

J.—¡¡¡Nooo!!!

R.—¿De qué vivís?

J.—Hacemos burbujas cerca de la plaza Catalunya, y en los alrededores. Así conseguimos algo de dinero para comer, y luego reciclamos todo.

R.—¿Trabajabas en algo?

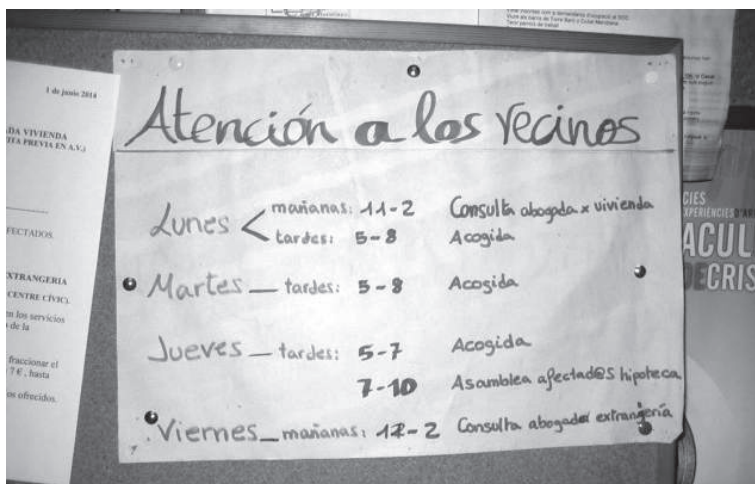
J.—Estaba de recepción en un hostel pero me quedé sin trabajo. En el Clot.

R.—¿Alguien os ayuda?

J.—¿Por qué?

Su contestación te causa sorpresa. A ella le causa sorpresa mi pregunta: “Es difícil, pero vivimos”.

PROGRAMA DE ACTIVIDADES COLGADO EN EL CORCHO
DE LA ASSOCIACIÓ DE VEÏNS DE CIUTAT MERIDIANA.



Cien años de perdón

Te metes en el foro Yahoo de Internet. La palabra clave es *Telefónica*: “Abrimos camino para [...] crear valor para empleados, clientes, accionistas, socios a nivel global y a toda la sociedad”. Amontonados en la pantalla, los resultados obtenidos hacen que uno se apene. Estas son las opiniones: “¡Telefónica ladrones!”; “¡Telefónica roba por la cara!”...

Dice el refrán que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón. Quizá este no sea el caso. Pero lo cierto es que el Edificio Estel, en la avenida de Roma, 73-91, en Barcelona, antigua sede de Telefónica, se ha constituido en el botín de los ladrones de cobre, y

continuamente los rateros se adentran por alguna de sus puertas echadas abajo, por alguno de sus ventanales con los cristales rotos. Y llenan los carritos de Carrefour. Con el cobre de Telefónica.

Quienes se suben a mesas de oficina ya abandonadas donde, en otras décadas, se daban de alta y de baja las líneas de telefonía fija, son personas desgarradas, flacuchas, demacradas. Que hablan una lengua romance, que se pelean entre sí, que escuchan música de una radio pegada a la oreja. Individuos que no han nacido en la ciudad —colonias nacidas en su mayor parte en Europa del Este y que superan ya los mil individuos— que arrastran carritos de la compra con lo que antes perteneció a otros: tablas de planchar, lámparas, muñecas despanzurradas... Sin ambiciones, sin cargar con la amargura de quienes han de desprenderse de propiedades, libres y frenéticos, husmean en los contenedores de basura (en cualquiera de ellos, incluidos los de reciclaje y de materia orgánica) y meten en sus bolsas aquello que merece una segunda oportunidad.

El Edificio Estel de Telefónica, de 18 plantas, ocupa una manzana de l'Eixample delimitada por

la avenida de Roma y las calles Calàbria, Mallorca y Viladomat. Obra del arquitecto barcelonés Francesc Mitjans (el mismo que construyó el Camp Nou, la Casa Tokio y la Torre del Banc Sabadell), se inauguró en 1976.

El lunes 12 de agosto del 2013, a las nueve de la noche, cuando comienza a oscurecer la tarde, como una bombilla de bajo consumo, este reportero da la vuelta al inmueble. En los arriates, cipreses desmochados, tres olivos secos y una palmera raquíica. En la entrada, tres astas patéticas, sin banderas; carteles de “alta tensió-perill de mort”, y las llaves de “uso exclusivo bomberos”, destrozadas. Y pegatinas con mensajes contra el sistema financiero (“30.000 millones para bancos, estafa”). Por las ventanas de las plantas superiores, sobresalen las ramas de dos árboles.

Este reportero se acerca a una de las puertas de cristal para comprobar si está bien cerrada. Cada vez hay menos luz. Súbitamente, y como si fuera la película de terror *The Ring*, cuando este reportero se dispone a poner la mano en el puño de la puerta, delante

de él se le aparecen dos caras, que le miran fijamente, con estupor. Una de ellas, la del más alto, es de un chico cadavérico, hundidos los pómulos, con una camiseta manchada de grasa. Debilucho, como si tuviera el virus de la gripe aviar H7N9. De la impresión, este reportero da un paso atrás. Rápidos como el Hyperloop, el prototipo de transporte supersónico, ellos desaparecen en el interior del Estel, el edificio neoyorkino de *La semilla del diablo*. La visión ha durado solo dos segundos.

“Yo paseo mi perro desde hace años por esta zona y nunca les he visto”, asegura Pedro Bueno (Barcelona, 1977), chico apoyado en uno de los parterres de esta finca. “Sé por las noticias que en l’Eixample se ha robado cobre, pero nunca hubiera pensado que se trataba de esta construcción. Yo siempre la he visto abandonada. Hasta hace unos tres años había un guardia de seguridad, por eso.”

Aún quedan las placas de Sistema de Seguridad BPS.

En los breves de la sección “Vivir” de *La Vanguardia*, se publicó el domingo 11 de agosto:

“Los Mossos d’Esquadra han detenido a 19 personas como presuntos autores de un robo de cobre en el edificio Estel, antigua sede de Telefónica. [...] Ya han quedado en libertad con cargos. [...] Los Mossos d’Esquadra han intensificado la vigilancia en el edificio, abandonado desde el 2011 y en evidente estado de degradación”.

Real Academia Española: “Cobre. Del latín *cuprum*. [...] De color rojo pardo, brillante, maleable y excelente conductor del calor y la electricidad. Forma aleaciones como el latón o el bronce, y se usa en la industria eléctrica, así como para fabricar alambre, monedas y utensilios diversos”.

Los chatarreros compran el kilo de cable de cobre “sin pelar” por 1,90 euros.

Las plantas de Telefónica, que se vanagloria de “crear valor para empleados”, están recubiertas de cobre.

En los foros, los sindicatos atacan el Expediente de Regulación de Empleo de Telefónica.



La espera

“Ejecución hipotecaria: fusilamiento en el paredón de los impagados.”

En la primera mitad del siglo xx, el vanguardista Ramón Gómez de la Serna habría tenido material suficiente para sus greguerías con los desahucios y habría bromeado sobre ellos a conciencia, porque habría pensado: “Me río por no llorar”.

La inmigrante Germania Rivas (*La Descubierta*, República Dominicana, 1984) está llorando el mar salubre en el que se han hundido todos sus sueños. A la espera de que la echen de su piso de 50 metros cuadrados de Ciutat Meridiana, en el distrito de Nou

Barris, mira cada día el buzón, en el que le han de dejar la nueva citación con la fecha en la que se hará efectivo el desalojo, como si ella fuera Billy Bones y esa carta aterradora, la Mancha Negra. Por ahora, solo le ha llegado la tarjeta censal para que vaya a votar en las elecciones al Parlament de Cataluña.

No es fácil encontrar la casa de Germania en el laberinto de bloques de los años setenta de Ciutat Meridiana, más teniendo en cuenta que ella malvive en el número 90 de una calle por la que sube el funicular, y que el nueve se ha caído de la pared. En el bajo segunda, la puerta está desatracada. Una voz se oye desde una de las tres habitaciones, con chorretones de mugre en las paredes:

—Pasad, pasad...

El andador con el que se mueve como una lagartija el pequeño Fraikel, de seis meses, barra el paso a los periodistas. El comedor lo preside un televisor de 42 pulgadas, el único bien material de la estancia. En torno a él, además del bebé Fraikel, el resto de hermanos, hijos de Germania: Francieli (tres años), Franklin (seis años), Mónica (12 años), Anner (13

años) y Darki (14 años). Germania, la voz del “pasad, pasad”, aparece, bajita y candorosa, y se echa la mano a la frente para secarse el sudor. Sobre la mesa, un pote de leche para lactantes Nutribén.

“Estoy a la espera de que me llegue esta nueva carta. No sé cuando me echarán, pero ya lo intentaron otras dos veces. La primera, el 13 de septiembre pasado, con el piso ya subastado (ahora la propietaria es una agencia de la que no sé el nombre). Pero yo, con todos los papeles, fui al juzgado y me asignaron un abogado de oficio, con lo que me dieron un mes de prórroga. Así, en la segunda ocasión en que intentaron sacarme de aquí, que fue el 19 de octubre, se presentaron los de la Associació de Veïns de Ciutat Meridiana, y consiguieron pararlo”, sintetiza Germania, cabreada porque el letrado de la “comissió del torn d’ofici”, según ella, no hizo nada: “Tú eres un racista”, le acusó en un ataque de furia.

La dominicana Germania llegó a Barcelona en el 2002. Su marido, Fran Cuevas, aterrizó en el 2005. En seguida, ella comenzó a trabajar de “auxiliar de camarera” en el restaurante La Oca, en la plaza

Francesc Macià de Barcelona, ya desaparecido, y en el que permaneció hasta el 2007. Su sueldo, 900 euros.

Seiscientos de esos 900 euros los apartaba para pagar la hipoteca del piso, de 1.200 euros mensuales. “Me metí en la compra del piso en agosto del 2004, una hipoteca de 204.000 euros, en Catalunya Caixa. Lo que hice fue buscar una compañera de piso que contribuyera con la mitad del pago mensual. Así, entre sus 600 euros y los míos, pagábamos religiosamente”, explica, aturullada, intentado multiplicarse para sonarle la nariz a Fraikel y para sentar en la silla a la hiperactiva Francieli, verdadero terremoto. “Mi marido me ayuda, pero ahora ha ido a un recado, y a comprar la cena para esta noche. Él no encuentra nada, trabajaba en la construcción, de albañil, pero se quedó en el paro y ya ha agotado el subsidio de desempleo del SOC [Servei Català d’Ocupació], y eso que vino a Barcelona con la *residencia blanca*.”

En el 2006, por el repunte del Euribor, la entidad bancaria a la que estaba atada económicamente aumentó la cuota mensual de la hipoteca hasta los

1.500 euros. “Entonces, vino otra chica y continuamos pagando a medias la hipoteca. Pero se fue, y en julio del 2009, yo ya dejé de pagar los recibos. No podía asumirlos”, se excusa, enmarañada en un montón de papelotes, nóminas, peticiones y extractos.

“Desde hace tres meses trabajo de camarera de piso, de servicio de habitaciones, en el hotel de cuatro estrellas Zenit Borrell, cerca del Hospital Clínic, y me llevo unos setecientos euros limpios, aunque el contrato temporal es hasta febrero del 2013”, comunica, esperanzada, pero temerosa de que Hacienda le embargue las cuentas: “Yo voy con la verdad por delante. En mayo pasado [la Agencia Tributaria, después de una inspección], me puso una multa por cobrar la prestación de ayuda para desempleados de larga duración, de 426 euros, y estar trabajando en negro al mismo tiempo. Pero claro, tampoco puedo pagar la sanción, que asciende a 10.000 euros”.

La familia de Germania ha recibido una ayuda de 100 euros mensuales de Cáritas Diocesana de Barcelona: “Con eso tengo para hacer la compra del mes”. Y también la ayuda de la asistenta social: “Me

ayudaba con los libros de la escuela de los niños, que estudian en el colegio Elisenda de Montcada. Hasta que la asistenta cerró mi expediente y se desdijo de mí. Y ahora los niños no tienen libros”.

La impotencia se ha adueñado de esta mujer que se recoge el pelo con una mano mientras con la otra le quita las babas a Fraikel, y con una tercera mano que no se sabe de dónde sale hace sentar en sus rodillas a la inagotable Francieli.

“Yo pido un piso de protección oficial, pero me dicen que no hay nada. Si me cambian la hipoteca por un alquiler de 200 euros, lo podría pagar. Y me plantearía volver a mi país, a la República Dominicana, pero no tengo dinero ni para los billetes de avión”, se sincera Germania Rivas, víctima de la despiadada “ejecución hipotecaria” alentada por unos bancos que han recibido más de 18 millones de euros en ayudas públicas.

El mismo día en el que se escribía este artículo, este periodista recibió el siguiente mail de la página web de causas cívicas Change.org Inc.: “Los bancos pueden y deben parar esta locura y suspender tempo-

ralmente las ejecuciones hipotecarias, por lo menos hasta que el Gobierno haya anunciado las medidas necesarias para detener este drama”.

Son tantos los desalojos, que la Plataforma de Afectados por la Hipoteca respondió con un correo electrónico en el que se informaba de un menú de posibilidades para iniciar la entrevista: “Exactamente, ¿qué buscas? ¿Alguien con fecha inminente de desahucio?, ¿alguien que ya haya pasado por él?, ¿alguien en procedimiento de ejecución hipotecaria, en riesgo de perder su casa pero aún sin fecha concreta?”...

Ciutat Meridiana está empapelada de pasquines con la última convocatoria de la Associació de Veïns y la Associació 500x20, entre otras entidades, en apoyo de los vecinos que están en proceso de ser desalojados de sus hogares: “Pedimos solidaridad con el desahucio de los nigerianos Efosa Chiagie, de su mujer, Efi, y de sus tres niños. Es el tercer intento. LUGAR: c/Perafita, 67”.

No en vano, Ciutat Meridiana ha perdido su nombre. La han rebautizado como Villa Desahucio.



Las ratas

Al gato esmirriado, de un grisáceo tormentoso, alguien le ha tirado un cubo de agua, porque su pelaje está hecho un revoltijo. Cruza los doscientos metros del callejón del Camí de la Cadena, desde la esquina de la calle de Parcerisa en la que aún se mantiene en pie el rótulo de la fábrica Cotesa, hasta la otra punta, en la verja trasera del polígono industrial de Can Batlló, en la Avinguda del Carrilet, cerca de la plaza de Ildefons Cerdà.

En mitad de este camino, de encaladas barracas de ladrillo y tejados de uralita, una entrada con un arco quebrado. Se abre un pasadizo rectilíneo, de

tres metros, que conduce a un patio interior, de unos cinco metros cuadrados, cruzado por seis cuerdas de tender la ropa, en la que se han colgado, para que se sequen, las prendas propias de la estación: unos pantalones vaqueros, unas bragas rojas sin encaje, una camiseta blanca, una camisa marca Desigual, una camisola, unas medias, un jersey con cuello de cisne, una camisa-túnica como un caftán, una alfombra...

En medio del patio, una fosa séptica tapada con una puerta de madera partida en dos. Es un pozo ciego. El patio está dominado por una palmera exuberante. “Por la noche cantan las cotorras y los loros asilvestrados, salvajes”, apostilla Leyla Karchaf, una de las vecinas que, como en una corrala, aquí malviven. Leyla Karchaf (Tánger, Marruecos, 1971) llegó a Barcelona en 1980, cuando dio la orden el padre, Driss, peón de la construcción, que se estableció en el Camí de la Cadena en 1970. Vestida con un jersey tricotado bajo una bata de cachemira, lleva unos meses atendiendo a la prensa, como si ella fuese Victoria Beckham: “Vienen aquí los periodistas y nos hacen fotos y nos preguntan cómo es vivir en unas barra-

cas. Alguna vez han venido también del Ajuntament de Barcelona, una concejal que no me digas cómo se llama, y nos han dicho que paciencia, que todo llegará. Nosotros queremos vivir en un piso, como todo el mundo. Los únicos que nos hacen caso de verdad son los de la asociación de vecinos del Centre Social de Sants. Los días en que ellos vienen, les preparo cuscús”.

Cuando el periodista le pregunta a Leyla por el número de vecinos con los que convive, utiliza todos los dedos de la mano, varias veces: “Te lo digo rápido, porque somos unas doce casas, y en cada una de ellas hay una familia de al menos cinco miembros. A ver: ...cuatro, cinco, seis, siete, ocho..., quince, dieciséis, diecisiete..., veinte, veintiuno, veintidós..., veintinueve, treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco..., cuarenta, cuarenta y uno... Pues, unos cincuenta, diría yo”.

La casa de Leyla ocupa el lado norte del patio central. La puerta es un biombo, y para traspasarla se ha de salvar una tabla colocada como un travesaño, en el suelo, y que impide que entren las ratas. “Las oigo

por las noches. Aquí dentro solo se han metido una vez, y era cuando estábamos de viaje. Lo sé porque me encontré con un agujero en el techo. Las he visto correr por el patio. Pedazo de ratas...”, balbucea esta mujer, con el pelo recogido y el sueño en las caderas, y separa las manos unos treinta centímetros entre sí para poner de relieve el tamaño de estos roedores.

En el primer espacio, en el que apenas caben dos personas si no es apretujándose, la cocina, un horno portátil y dos fogones. La siguiente estancia, separada de la cocina por una cortina de velo en riel —o algo que lo imita—, es la sala de estar, que sirve de comedor. En una de las paredes, cuadros con las bendiciones del Corán, en letras de oro. En la pared de enfrente, la televisión de plasma, de 50 pulgadas; se puede decir que el televisor sirve de pared. Sobre la mesa de cristal, dos mandos a distancia. A un lado, otra abertura, que da a las dos habitaciones, cubículos con colchones. Encima de la casa, en el tejado con planchas, una antena parabólica.

A las tres y media de la tarde, llega su marido, que acaba la jornada laboral. Mohamed Abdul viste

una camiseta verde con el logotipo de la empresa de limpieza para la que trabaja: Net Ten. Entra la moto en el patio, con múltiples maniobras para no rayar la pintura. Baja de la moto. Deja el casco en la cocina. Saluda a su mujer, un ama de casa que antes ayudaba en la economía doméstica: “Me iba a la recolección de frutas para ganar algo de dinero”.

A las cuatro y media, de lunes a viernes, Leyla recoge a las niñas del colegio Cavall Bernat. Tiene dos hijas: Nachis (la grande, de nueve años) y Aya (la pequeña, de cuatro años). Las dos, cuando juegan en el callejón del Camí de la Cadena, espantan al gato de pelaje gris claro, que lleva días señoreando por los contornos. Husmea tras el rastro de las ratas.

La prima hermana de Leyla, Buchara, también vive en el patio. Es una niña presumida con muchos alicientes en la vida y una belleza incipiente que, según ella, ya se marchita: “Te diré la verdad... Tengo 20 años. ¿Que dónde he trabajado? He hecho de todo. Bueno, menos de prostituta. He estado en muchos sitios, y en muchos sitios, sin contrato. De camarera, sobre todo. Ahora estoy empleada de

limpieza”. Buchara tiene una lengua muy larga con la que acusa y maldice: “Pero ¿cuándo nos vamos de aquí? Aquí hay gente mala y gente buena, igual que en todos sitios, porque hay marroquí buenos y marroquí malos, como en todas partes hay malos y buenos. Ya ves que te digo la verdad, soy sincera”. Su hermano es más comedido. Se llama Abderrahim, nació en 1989 y piensa poco en el futuro: “¿Que qué hago? Juego al fútbol, y he hecho un curso de camarero”, dice con una sonrisa de ángel, con las manos cruzadas a la espalda.

Buchara y Leyla se llevan bien, se maquillan juntas, y discuten sobre cosas sin importancia, y sobre las ratas.

Leyla.—¿Verdad que por la noche oyes cómo roen alguna madera?

Buchara.—Sí que las oigo.

Leyla.—El otro día compré en La Balear unos sobres con matarratas. Y yo tengo un amigo gitani-llo a quien le gusta cazarlas. Pusimos en el patio un par de trampas, con queso y aceite de oliva. Al día siguiente, ahí estaban dos de ellas, muertas.

Buchara.—No se puede vivir con ratas.

Leyla.—Dicen que nos iremos a los pisos de la plaza de Cal Muns, pero yo lo dudo, porque no sé qué están construyendo allí [“estem fent l’equipament de Cal Muns. Fase I”]... Nos dijeron que antes de Navidad nos iríamos de aquí, pero sé que no es verdad... La única verdad son las ratas.

Cuando el gato está ausente, los ratones se divierten. Y las ratas.

CARRITO CON ENSERES APARCADO EN LA GRAN VIA DE LES CORTS CATALANES.





‘Indiana Jones en el Templo de Moti Mahal’

Indiana Jones en el Templo de Moti Mahal... O Indiana Jones en busca de la Dahi Vada... O Indiana Jones y el poder de Vishnu... Cualesquiera de estos tres títulos podría figurar en la cartelera como la quinta entrega de la saga de Indiana Jones (después de *Indiana Jones y el Reino de la Calavera de Cristal*), que los directores George Lucas y Steven Spielberg están preparando con el máximo secreto. Harrison Ford ya ha dicho que volverá a hacer restallar el látigo. En el 2004, ese mismo Harrison Ford, acompañado de su novia, la actriz Calista Flockhart que a la sazón protagoniza-

ba la película de terror de Jaume Balagueró *Fragile*; los dos se casarían en el 2010, visitaron el restaurante barcelonés de comida india OM Manglay Namah Moti Mahal (“indian tandoori”; www.motimahalbcn.com). Se trata de un espacio de 30 m² con cabida para siete mesas, una pecera con *golden fishes*, un imagen elefanciaca del dios de la prosperidad y la sabiduría Ganesh, y una placa de la Premium Beer Extra Smooth Cobra Barça. El salón-comedor, en la calle de Sant Pau, 103, en el barrio del Raval, está regentado por Mahender Gautam. El hindú Gautam es vecino de la tienda Frutes i Verdures, cuyo administrador actual es el pakistaní Abu. Ellos dos se llevan bien. Mahender le compra tomates a Abu. “Yo siempre le repito: ‘India es el padre; Pakistán, el hijo. ¿Por qué nos hemos de llevar mal?’” Los recelos políticos y culturales perviven, a más de seis mil kilómetros de distancia de estos dos países asiáticos, pero se han enfriado de tal manera que la coexistencia es pacífica. La maleta, en la que también cargaron con las diferencias religiosas, la han guardado en el armario.

'El padre indio'

“Pues sí, Harrison Ford y Calista estuvieron delante de la puerta de ‘Kali Sidre’, sitio de lujo [Ca l’Isidre, en la calle de Les Flors, 12], pero no entraron. Luego vinieron aquí, hasta la puerta, y sí entraron. A Harrison le gusta mucho la comida hindú. Pidió el número 39, Chicken Tikka Masala [pollo al horno hindú con cebolla, pimienta y curry], que ahora voy a llamar Plato Harrison Ford”, se vanagloria Mahender Gautam (Nueva Delhi, India, 1964), hombre cordial y de gestos nobles, que se lava las manos antes de estrechártelas y que sonríe sin malicia. “¿Que qué comió Calista? Pues no sé, ella fue más sosita, no habló en toda la noche. Luego me dijeron que cuando salieron del restaurante se empezaron a pelear. Cosas de ricos...” La anécdota le sirve a Mahender, casado con Daljinder Kaaur, para repasar la lista de sus distinguidos comensales: Macaco (banda liderada por Daniel ‘Mono Loco’ Carbonell; “muy amigo, viene cada dos meses, siempre quiere lentejas”); el actor Gabino Diego (“muy simpático”); el actor de *Independence Day*

Eric Neal Newman (“muy fuerte”); el exentrenador del Futbol Club Barcelona Josep Guardiola (“muy bueno”); la princesa de Arabia Saudí, Sarah (“no quería hacerse fotos”), y su hermano el príncipe Al Farhad... Sobre este último, con gafas de sol y sombrero de *comboy*, el propietario del Moti Mahal guarda un grato y sabroso recuerdo: “Me llamó su servicio de seguridad desde el Hotel Arts de Barcelona para reservar mesa para 18 personas. Antes de llegar el príncipe, inspeccionaron el local de arriba abajo. ‘¿Quién se esconde en la cocina?’, querían saber. Más tarde, el príncipe encargó comida que no se llevó. Dijo: ‘Te la pago igual, haz lo que quieras con ella’. Yo hice paquetes y fui al parque de aquí al lado, a los Jardins dels Horts, y la repartí entre la gente que había durmiendo en los bancos. No se puede tirar la comida, Dios me castigaría. Trabajamos como burros para ganarla y ¿la vamos a tirar? No hay que tirar la comida. Yo les digo a mis hijos, Marc y Nieves, que si algún día entra en el restaurante alguien que tiene hambre, que le sirvan igualmente, aunque él no tenga dinero. Somos humanos, ¿no?’”.

Mahender Gautam, que profesa el hinduismo, llegó a Barcelona en la Nochebuena de 1984: “Increíble, me quedé sorprendido de esta ciudad, de este país. Es otro mundo. Mi hermano, que vivía aquí desde 1973, cuando estaba Franco, me dijo: ‘Ven, que aquí hay grande mar’. Y así fue, yo nunca había visto grande mar. En Nueva Delhi no teníamos mucho dinero para pasear, mi padre era conductor de taxi para turistas. Al final, hemos acabado toda la familia aquí, los cuatro hermanos. Aquí no hay tanta pobreza, aunque ahora haya la crisis, pero yo le doy, como mucho mucho mucho, un año para que empiecen a mejorar las cosas. Ya hemos bajado muchííisimo, por lo que hay que subir. Doy gracias a España, hay que trabajar y respetar”.

El sueño del señor Gautam, que también cocina, siempre había sido montar un restaurante que le hiciera no extrañar tanto su lejana tierra de origen: “Lo abrí en el 2000. Primero se llamaba Bar Victoria, pero solo entraban pakistaníes y otros. Luego consulté mi carta astral, y las estrellas me dijeron que si estaba con cosa de fuego, le podría

poner otro nombre, y me inventé lo de Moti Mahal, *El Palacio de las Perlas*”.

Reconvertido en palacio, este hombre sin estudios universitarios, con una *tilak* en la frente (un punto del color del azafrán para evitar el mal de ojo) atrajo a “gente distinguida” a su santuario de *pakor*s y salmón rebozado, y abrió la web: “El genuino ambiente hindú, el aire y los aromas auténticos de la India no son nada fáciles de encontrar en Barcelona. Un prodigio de cocina que respeta su origen, y lo transmite, con sabores y colores, a Europa. El cocinero hindú dispone de gran variedad de especias y combinaciones de *masalas*, es una de las cocinas más diversas del mundo”.

“Ahora, con crisis, el 60% menos, pero mejorará, cambiará, como día y noche. Yo no sé de qué viven los pakistaníes de la Rambla del Raval, que siempre están en la calle, sentados en los bancos; no dan buena imagen. Yo llevo casi treinta años en Barcelona y nunca he estado ocioso”, se pregunta, desconcertado, aparentemente sin ánimo de crear polémica, pero con un regusto agridulce, con un deje

amargo, de sal marina. “Son como cucarachas, todo el día ahí tirados. Además, en muchos de sus restaurantes en los que ofrecen shawarma y falafel pone, a conciencia, ‘comida hindú’.”

Las relaciones de los hindúes con la comunidad musulmana no son ni buenas ni malas, simplemente no existen relaciones. “Yo compro al pakistaní de aquí al lado la fruta, y ningún problema. Pero prefiero estar lejos de esta gente, *hola* y *adiós*, y nada más. En Pakistán sí, allí siempre están tirando *petardos* y discutiendo con la India. Claro que en Pakistán hay mucho terrorista. Yo siempre discuto con ellos, porque hay mucha confianza, y realmente convivimos: ‘¿Cómo decís que no sabíais dónde estaba Bin Laden si estaba en vuestra casa?’.”

El dueño del Moti Mahal, Mahender Gautan, tiene los dos anillos de oro repartidos alternativamente por los dedos de la mano. Ha prosperado lo suficiente como para otorgarse el derecho de quejarse lo justo, y de beber té con leche y con especias (*chai*) entre las cuatro y las ocho de la tarde, cuando cierra el local. “Mira, te voy a decir una cosa, el Raval se

está degradando. El otro día vi cómo asaltaban a una anciana de 80 años, que iba con muletas, y los ladrones salieron corriendo. A estos delincuentes habría que matarlos, sin juicio previo, sin nada. Y te digo una cosa, yo solo he contratado en mi vida a un pakistaní, y después de un tiempo de camarero me demandó porque pensaba que no le pagaba lo suficiente. Yo jamás había pisado un juzgado, pero yo creo en Dios y pensé: ‘Nunca más otro pakistaní, no son de fiar’.”

‘El hijo pakistaní’

Le contradice. O es solo una pose. Cuando se le pide al pakistaní Abu la opinión sobre sus rencillas con los hindúes, es excesivamente indulgente: “Ningún problema, qué va, ninguno. Ellos son *paisanos*. Ya ves, mis mejores clientes son de la India”.

El joven Abu Bakar (Jhelum, Pakistán, 1989) se pasa todo el día entre frutas mal escritas: *neranjas* (por naranjas), *mandrinas* (por mandarinas), *limo* (por limón)... Regenta la frutería Fruites i Verdures

(L'Abat Safont, 11), esquina con el restaurante indio Moti Mahal y con uno de los numerosos locutorios de aspecto desolador (“Llamada Pakistán, 0,10 euros”). Piel atigrada, con franjas de sol y otras de sombra, ojos penetrantes, frente ancha y una fisonomía de analista bancario, profesión que le gustaría ejercer algún día (“no me dan becas, pese a que tengo papeles”). La frutería, un minúsculo terruño comparado con un vestidor, propiedad de su tío Wasim, que vive en Inglaterra, abre a las ocho de la mañana y cierra a las diez de la noche.

Detrás de la caja, en un cuartucho con cajas de melocotones, come cada tarde en el túper el arroz que le prepara su madre. Y allí nos cuenta su vida: “Yo vine en el 2008 a Barcelona. Nunca antes había salido de mi ciudad. No fui a Alemania porque en Alemania no daban papeles. Y en esta tienda llevo desde el 2010. Me ayuda mi primo”, explica, ataviado de una resignación fingida que le hace mostrarse indiferente a los problemas sociales. Un vecino del edificio de seis plantas en cuyos bajos se encuentra la tienda le avisa: “¡Que os están robando las casta-

ñas!”. Abu, por lo bajini, añade: “Si solo fueran las castañas...”, y añade: “En el Raval roban mucho, mucho, este es el barrio de los ladrones, el corazón de los ladrones. Violencia, mucha violencia. A mí me roban... Buf, cuánto me roban. La fruta sin pagar no una vez, sino muuuchas veces”, sostiene, y junta y despega los dedos en señal de abarrotamiento. “Una vez fui a la policía, a la comisaría de los Mossos, en Nou de la Rambla, y ellos me trataron tan mal, que les demandé. Entonces uno de los policías me soltó en la cara: ‘Vas a perder el tiempo con nosotros’.”

Abu Bakar “parla una miqueta el catalá”, y siente que su sitio, ahora, es Cataluña. Vive en el barrio de Fondo, en Santa Coloma de Gramenet. “Pese a la crisis, no nos va mal del todo. ¿Qué solución económica encuentro para crear empleo? Apostar por la investigación.”

El indio Mahender Gautam camina tres metros para comprar el género a Abu Bakar. Los tomates verdes, a 1,89 euros el kilo, y la bolsa de patatas, a 1,30 euros.

“Como te he dicho, yo no tengo problemas con India. Eso son cosas de países. Las religiones no nos separan. Nosotros tampoco tiramos la comida, Dios nos castigaría. Cuando me doy cuenta de que las peras, por ejemplo, se están pudriendo, las cojo, voy a los jardines de Sant Pau del Camp y las reparto entre los pobres. La comida no se tira, no se tira.”

El padre indio, Mahender Gautam, y el hijo pakistani, Abu Bakar, pared con pared en el Raval, discrepan en silencio, pero los dos coinciden en una cosa: jamás tirarían la comida. Es pecado.

Lugares de culto

“Prohibido acceder si se ha consumido alcohol, cigarrillos, drogas y carne humana, o llevarlos en los bolsillos o la mochila.” El Templo Sijh de la calle de Hospital, 97 (Sikh Gurudwara Gurdar Shan Sahib JI) tiene unas estrictas normas de seguridad, que son recordadas en varias ocasiones: “Seguro que no lleváis drogas, ¿no?”. Se trata del principal centro de culto de esta comunidad religiosa hindú en Barcelona, ciudad que alberga a más de quince mil

creyentes. Y también cuenta con normas de etiqueta: hay que descalzarse, y quitarse los calcetines, lavarse pies y manos, y calarse una especie de badana. Los zapatos se han de colocar en unas estanterías que ocupan buena parte del recibidor del local, tan grande como una cancha de baloncesto. En el corcho de la entrada, otros avisos: “A la atención de los usuarios: Que Dios una nuestros corazones y que nuestros sentimientos crean en él y en su bondad infinita”, y el ideario de esta creencia: “Hemos de suprimir los males internos como la lujuria, la ira, la codicia... Nadie es mi enemigo, nadie es extranjero. Yo estoy en paz con todos. Dios, dentro de nosotros, nos hace incapaces de sentir odio”.

Los sijs Jaspreet y Kamajit, los dos en paro, comen queso con *chapati* (pan de harina de trigo) después de haber meditado, contemplativos, sin darle la espalda a ninguno de los Diez Gurús pintados al óleo en un cuadro que ocupa buena parte de la pared del fondo, junto a un altar en el que se preserva el Gurú Granth Sahib o libro sagrado. “Las mujeres se apoyan en la otra pared”, refiere Jaspreet, con barba y natural

de la disputada región de Cachemira. “Pero aquí no problemas, eso es de países. Nosotros tenemos tres reglas: primero, no cortar el pelo; segundo, no beber alcohol, y tercero... tercero...”, y duda en contestar Jaspreet, por lo que sale en su ayuda Kamajit, que trabajaba en la construcción hasta que su empresa cerró por falta de inversores: “Tercero es llevar esta pulsera de metal, que se llama *kara*”.

Es domingo, principal día de oración. El padre (*granthi*) Tarsem Singh (Jalandhar, Punjab, India, 1960) descansa en su zaquizamí, un habitáculo que bien podría haber sido el lavadero. Un colchón, una lavadora y algunos productos de aseo corporal, como un jabón H & S. Tarsem, que vive en Barcelona desde el 2005, es el “profesor” más respetado y el más venerado, después de los Gurús: “Me preguntas sobre nuestra relación con los musulmanes pakistanés... Nosotros ayudamos a la gente, tanto si son hindúes o musulmanes o católicos. Todos juntos, sin pelear, como el amor”.

Los viernes, el día de las plegarias, la mezquita Tariq Bin Ziyad, en la calle de Sant Rafael, 10 (la

entrada trasera es por la calle de Hospital, 91, a tres metros del centro sij)), congrega a los musulmanes y a las putas; estas últimas han fijado en esta calle, y en el aledaño callejón de Robador, su cuartel general, alrededor de negocios con nombres exóticos, como “Asian Trip”.

Hombres con chilaba blanca y luengas y rizadas barbas, que se mesan con el ceño fruncido. Quitarse los zapatos antes de entrar es preceptivo, so pena de arriesgarse a una reprimenda: “¡No, atrás, atrás, no se puede pisar con zapatos!”.

En la entrada, grupos sentados en corro y sobre alfombras conversan y atienden a uno de los guardianes de la fe llamado Abdul Rachid, que se muestra solícito y complaciente. “Ningún problema, el imán ahora no está, pero yo le dejo encargo. Se llama Sheik Hassan, este es su teléfono móvil”, informa, y se despide llevándose la mano al corazón.

Pero Sheik Hassan se ha asustado o bien huye de los periodistas como de la peste: “No puedo hablar con usted, no puedo, estoy muy muy ocupado, lo siento”.

El viernes al mediodía la mezquita tiene la persiana echada. Al día siguiente, la comunidad musulmana celebra la Fiesta del Cordero o del Sacrificio (Eid al-Adha), por lo que en la Carnisseria Islàmica Abu-Zayd, en la plaza del Padró, 1, guarda tanta una multitud de fieles.

Hamid (Miknas, Marruecos, 1972) tiene el número 29. Van por el 12. Y tiene a sus dos hijas correteando por la plaza, bajo una llovizna cristalina y la majestuosa mirada de la imagen de Santa Eulalia, patrona de Barcelona, en lo alto de un obelisco de mármoles policromos.

“Lo suyo es que nosotros matemos el cordero, pero en España no nos dejan, por sanidad, y según el Corán nosotros hemos de matar el cordero”, se duele Hamid, que llegó a la ciudad en el 2004. “En busca de trabajo.”

Ninguno de ellos tiene problemas con los hindúes.

Una placa de Fecsa-Endesa está colgada en la portada de la capilla románica de Sant Llätzer, del siglo XII, en la misma plaza. La portada hace las fun-

ciones de portería de los hijos de estos musulmanes que esperan comprar en la carnicería un cordero entero (170 euros). El vidrio de la ventana ojival del ábside, bajo un arco de medio punto, visible desde la placeta de Martina Castells i Ballespí, lo han destrozado a pedradas.

La montaña de basura

Dormir al raso en el parque de la Font Florida es más bien adormecerse, porque la sombra de las tipuanas no resguarda del frío. A las ocho, once personas de origen rumano se despiertan rodeadas de mugre y de colillas. No se visten porque van con lo puesto. Parece que son seres frágiles, escuchimizados, enclenques, mellada la dentadura, cetrinos de piel, encorvados y de baja estatura, y con labia, puesto que siempre se les oye mascullar en una lengua latina con fricativas que embadurnan el aire. Se levantan temprano, y cada uno de ellos –entre los cuales se encuentra un adolescente de no más de 15

años— empuja un carrito de la compra de Caprabo. Los objetos de su impedimenta, desechados por los propietarios-inquilinos de los inmuebles próximos, son de lo más variopinto, incluido algún mamotreto: un parachoques, guías de la persiana, un paraguas, una lámpara de tulipa, la torre de un ordenador, planchas de un chapista, cachivaches con forma de sombrero, un ropero con indumentaria de entretiempo que alguien ha decidido mandar al otro mundo, una tabla de planchar, varillas de hierro y de aluminio, una lavadora con un tambor que ha dejado de latir, las ruedas de una bicicleta, y los cuadros de una familia campesina que pastorea en la Borgoña, o eso se podría intuir. Somieres y botes de pintura.

Cada uno de ellos tira de su carrito. Salen de los límites de la arboleda y, en la calle de Minería, 60, se sientan, repartidos en dos mesas, en la terraza del bar La Lluna de Gavà, regentado, desde hace poco más de un año, por unos chinos, que han puesto este mensaje inapropiado, por ilegal, en el cristal de la puerta: “Lavabo solo para clientes. Gracias por su colaboración”. Piden cafés, cafés con leche, cafés

largos, que endulzan con más de tres azucarillos. Allí platican desde las ocho y media hasta las nueve de la mañana; los carritos con la morralla y el material de reciclaje los han dejado mal aparcados en las acacias que engalanan la acera con sus racimos de flores azafranadas, como los mulos que pacen en la siega antes de cargar con los fajos de cereales. En el transformador de la luz cercano, una pintada da cuenta del malestar social: “Urdangarín y los Borbones, a los tiburones”.

Pagados los cafés, esta familia se divide en parejas; solo uno de ellos se desprenderá del grupo para, solo, dejarse caer en la puerta del supermercado Lidl, en el número 51 de Minería, y adoptará la posición del escribano de Gizeh. Allí, desde las nueve y hasta las ocho, echará su jornada laboral pidiendo limosna con la mano tendida y con una sonrisa que pretende acaramelar, y con esta frase amable por la cortesía y la bondad que le son depositadas: “Hola, señor, hola, señor, para pan”. A veces, este hombre se lleva un cojín, para que no se le duerman las posaderas con el contacto de las duras losas de hormigón. Encima

de su cabeza, las ofertas de la semana: “Avui, barat! Patata 5 kg, categoría I, -33%. De 2,99 a 1,99 euros”.

Ocho de estas personas se marcharán por la Gran Via, en dirección a la Plaça d’Espanya, escarbando y hurgando en las basuras, e inspeccionando cada lote de muebles de segunda mano, astillados y desarmados, como si del tesoro del galeón español *Nuestra Señora de Atocha* se tratara.

Solo una pareja formada por chico y chica cruzará los ocho carriles de la Gran Via para enfrentarse a la subida de la calle del Mossèn Amadeu Oller, llena en sus alrededores de carteles deslucidos de Il Circo Italiano.

Suben la cuesta como los descendientes de los Padres Fundadores que cruzaron las Rocosas en diligencia para ver el azul romántico del Pacífico. A unos cien metros, enfrente de las persianas bajadas de una empresa de cables y controles (“transmisión y movimientos lineales”), con propaganda de terapias “bioenergéticas”, en el linde entre Mossèn Amadeu Oller y la futura calle dedicada al fundador de Comisiones Obreras en Catalunya, Cipriano

García, dos contenedores de basura, entre un Ford Focus negro y un Ford Mondeo azul, utilitarios con rayones y abolladuras estacionados en área preferente (“residentes zona 11”). En el primer contenedor, de color gris, se recogen papeles, plásticos y “restes d’escombraries”. El segundo contenedor, marrón, está reservado para los residuos orgánicos, y lo simboliza una manzana mordida. Aquí se detiene la chica, mientras su acompañante se adelanta hasta el número 19 de Constitució, puerta del recinto fabril en el que se encuentra el Bloc 11, “espai autogestionat”, en Can Batlló. Cerca de lo que fue el Economato Batlló, una nave industrial se ha reconvertido en la recién bautizada Biblioteca Josep Pons, “club de lectura, creació literària, zona d’estudi, activitats culturals, tallers, foto, teatre, dansa, música...” (en el logotipo que aparece en el encabezamiento del programa, un puño cerrado sale de la chimenea de ladrillo).

La chica se mete hasta la cintura en una de las basuras, atizando con una vara las bolsas, como si fuera una baqueta que remueve los leños de un morillo.

El periodista se acerca y se presenta, y ella suelta unos pantalones raídos y frunce el entrecejo. El periodista le pregunta si viven en la calle y dónde viven, pero su expresión es sombría, ceñuda, taciturna, aviesa, se diría que cicatera, pero es más bien un temor fundado y casi atávico. Se le pregunta por su nombre, que reniega dar. Se le pregunta de dónde viene. “De Francia”, dice juntando las letras del castellano, con mucho esfuerzo, intranquila aún. Se le pregunta por el motivo de que esté ahora en Barcelona. Mira con recelo, sospechando del contacto que el periodista ha propiciado; seguramente, ella cree que algo malo le puede pasar, que uno es un policía que la va a tratar como un número o un expediente. “¿Te expulsaron de Francia?”, indago. “Sí”, responde con rotundidad. Le doy la mano, ella tarda en estrecharla. Esboza una ligera sonrisa que pasa como una estrella fugaz. Y vuelve a abrir la tapa. Y la montaña de basura se la vuelve a tragar.

Dolce & Gabanna

La masa de turistas se mueve como una apisonadora de doble rodillo. Como una potente tuneladora o un topo embriagado que perfora Collserola. En el puente sobre la Ronda del Litoral de Drassanes, en uno de los tres pasos de peatones que hay que salvar para saltar desde el Palacio de Capitanía hasta la sede de la Autoridad Portuaria, la masa de turistas, con sus *wafers* con nueces de pecán de McDonald's y sus bolsas de Mango, te arrolla sin darte oportunidad para escapar. Si te caes, te pisan. Solo sobreviven los *manteros*, personas, en su mayoría inmigrantes, colocadas entre la espada y la ley para ganarse la vida, su sustento.

Entre una motocicleta mal estacionada y un amarré de bicicletas, Moussa (nombre ficticio; “no nombre, no foto”), con camisa de tintes rojos, floreada, extiende una sábana rajada por la mitad. En ella se han cosido gafas de sol de varios tamaños y colores, copias de cotizadas marcas del sector (Oakley, Dolce & Gabbana, Ray Ban, Vogue, Dior...). Es el único ser viviente que permanece inmóvil entre la marejada de cruceristas (casi catorce millones de turistas visitaron Barcelona en el 2011, y se espera que este verano se incrementen las cifras, pese al BC): bañistas que hacen de las Ramblas una extensión de la Barceloneta; compradoras compulsivas en el centro comercial de Maremagnum; *canonistas* que, tal si fueran el veterano de Vietnam Horst Faas, disparan con sus Canon en cualquier bocacalle a cualquier balcón de hierro forjado, y expediciones de adolescentes franceses en viaje de fin de curso a la capital mediterránea de la *party* (sangría +paella, 15 euros).

Este reportero se acerca, esquivando a la tripulación del velero Club Med 2, hasta el minúsculo espacio en el que Moussa ha instalado su puesto.

—Hola, amigo, mira, gafas, 10 euros...

—Soy un periodista de la ciudad, me gustaría hacerte unas preguntas para la revista vecinal en la que colaboramos. Ese [señalo a Marc Javierre] es el fotógrafo que me acompaña...

—No, fotos, no.

Moussa se muestra nervioso, pero por alguna razón no le inspiramos ningún peligro. Mira hacia varias direcciones. A diez metros, enfrente de un puesto de helados, se han situado estratégicamente dos de sus colegas, con otras paradas de gafas de sol.

—¿Cómo te llamas?

—Moussa, pero no pongáis mi nombre.

—¿Llevas mucho tiempo vendiendo en la calle?

—Sí, muchos años.

—¿Cuándo llegaste a la ciudad?

—En el 2006.

—¿Y cuántos años tienes?

—Nací en 1986.

—¿De dónde vienes?

—De Senegal.

A cada pregunta, intrusiva, levanta la cabeza y, subrepticamente, echa una ojeada a los alrededores, como un lobo acorralado y en permanente estado de tensión. Apenas sonrío, pero intuye que no seremos nosotros quienes le hagamos daño.

—¿Es difícil la venta?

—Mucho, ahora, mucha policía, cada vez más...

Efectivamente, a cincuenta metros, tres uniformados de la Autoridad Portuaria vigilan, apostados en las taquillas de Las Golondrinas. Pero Moussa conoce las caras, comprende el alcance de sus acciones, entiende sobre las competencias de las diferentes fuerzas de orden público y se ha dotado de un censor especial para intuir el riesgo innecesario.

—¿Dónde vives?

—En Jaume I, en un piso con otros.

—Y ¿has trabajado de alguna otra cosa?

—Sí, pero en ningún lado te quieren y por eso vendo aquí en la calle.

—¿Cuánto has sacado hoy?

—Hoy, 15 euros. He vendido tres gafas, por cinco euros cada una...

—¿Cuántas horas llevas aquí?

—Todo el día.

El mantero senegalés huele algo, instintivamente agarra un cordel con el que hará un hatillo de la sábana con sus productos.

—Y ¿has comido?

—Unas galletas.

—Y ¿cuánto sueles ganar?

—Normalmente, cuando gano 20 euros me voy.

El chico se pone firme, rígido, igual que un gato cuando le estiran de la cola. Aguza la mirada, pero este reportero no consigue ver nada por encima de las cabezas de británicos con las narices y los mofletes rojos por la acción del sol. Blancas figuras femeninas, con la piel tersa de la revolucionaria Alexandra Kollontai, siguen a la manada, con una acuidad inesperada para captar las ofertas estivales, ensayo sobre el amor absorbente hacia las propiedades.

—Y ¿dónde compras el género?

—En los chinos.

—¡Salú!

Un grito en idioma wólof o mandinka se clava en el aire jaspeado de lenguas de medio mundo. Ha salido de las trincheras del corazón de uno de los dos senegaleses de la caseta de helados Frigo, con los Maxibons y los cucuruchos Extreme. Ellos han reconocido lo que otros ignoran: la policía secreta.

—¡Salú!

Cuando este reportero vuelve a girarse para seguir preguntando a Moussa, el *mantero* de Senegal ya se ha esfumado. No existe. Puso piernas de por medio, como el prestigio del ilusionista Fu-Manchú después de decir ¡alehop! Nada. Ni humo.

Los turistas, con bolsas de H & M, pisan sobre las baldosas y, nuevamente, rellenan con sus cuerpos el espacio que les pertenece.

Tarantino

Crónica sobre Alcor, *albergue* ilegal de la Generalitat
para los adolescentes inmigrantes

Seis meses en España y aún mendiga los papeles a los que tiene derecho y de los que, al parecer, nadie quiere saber nada. El mundo que le rodea, hostil, tenebroso, inhóspito. Abdeslam se muerde las uñas, hasta que prácticamente le sangra la cutícula, y los dedos se le quedan así, adormecidos, como las antenas de una cucaracha paralizada por el susto y por el sultanato de *Raid*. De Tánger, Abdeslam vino debajo de un tráiler de transporte internacional de mercan-

cías, un viaje del que no habla porque allí se refugió en la Fe del Profeta. Musitaba las suras del Corán cada vez que un bache le desestabilizaba, sujeto al eje trasero con la fuerza inconmensurable de los 16 años. Con el pelo encerado, domado, ordenado, Abdeslam, de ojos de metal y mate, con una carita de entre pinche de cocina y furriel de comandancia, se tira las horas ociosas en el centro de noche de menores Alcor, en la zona fabril de Barcelona (Ramon Turró, 122), arrellanado en el único sofá de la salita, de cretona o de papel *albar*, porque los brazos rajados de los asientos se avergüenzan de su poca consistencia.

En Alcor, gestionado por la DGAIA, el organismo de la Generalitat que se encarga de la tutela de los menores, duermen los chicos extranjeros que llegan sin ningún acompañamiento a Barcelona, sin nadie con la edad legal (mayor de 18 años) para hacerse cargo de ellos.

En Internet, la búsqueda de Alcor proporciona numerosos artículos de denuncia, como el de la periodista Mónica Bernabé, publicado en *El Punt* el

20 de noviembre del 2006, y copiado en páginas de Prou Racisme y similares.

El Departament de Benestar i Família de la Generalitat ha ampliado los servicios de un centro de menores que se comprometió a cerrar hace más de un año, después de que el Síndic de Greuges cuestionara su existencia. Se trata del centro nocturno Alcor, en el barrio del Poblenou de Barcelona, donde hasta el verano pasado se alojaban menores magrebíes que habían emigrado a Cataluña solos y de manera ilegal. Ahora, además de los magrebíes, también hay jóvenes subsaharianos procedentes de Canarias y chicas rumanas y catalanas. Fuentes de Benestar i Família han justificado el alojamiento diciendo que se trata de una simple «estancia temporal» hasta que puedan ser trasladadas a otro centro. El Síndic de Greuges recomendó en febrero del 2006 el cierre del equipamiento.

Un viernes de abril, por la tarde, en la tele solo echan *Pasapalabra*, el programa que Christian Gálvez presenta con la devoción rociera de *Los Morancos*. A las ocho y media, lo único que vale la

pena. Como no entiende (algunas) preguntas y, por consiguiente, como no entiende (ninguna) de las respuestas, Abdeslam sale a la calle con Redouan (callado y viejo) y Otman (cumplidor y noble), ambos de 16 años.

Tres chavales apiñados por mor de los afectos que se profesan; se entienden en las dificultades.

Tres chicos moribundos que han nacido solos, sin madre, aunque todos tengan una madre que les eche de menos y que se acuerda de ellos en la distancia. Abdelsman, con un año más, y con una mirada serena y en cierto modo madura, ejerce de padre de sus amigos, que se han jugado el pellejo en las carreteras secundarias de Levante, sopesando durante ocho horas el valor de la vida y el valor de la muerte, tan cercana que se oían sus silbidos.

Fuera de Alcor, bajo una lluvia de perros que cae como un lamento largo y cuajado, les espera, sin paraguas, vestidos con su chándal de marca, Ahmed y Soufiane: el primero, moruno, espigado, concienzudo, interno en el centro de menores El Castell, en Santa Perpètua de la Mogoda; y el segundo, con

rizos que parecen bucles, preocupado, desvelado, de mirada melancólica, interno en el centro residencial de inserción sociolaboral Casa de Joves, en Vila-seca.

Esta misma noche de abril en la que llueve a cantaros, el educador social Vicenç Galea, coordinador del colectivo de ayuda a menores DRARI, con la boina calada, guía al fotógrafo Marc Javierre, con paraguas para proteger la mochila en la que guarda la cámara, y al reportero Jesús Martínez, sin paraguas porque se lo ha dejado a Marc Javierre. Les guía al *albergue*, como se conoce Alcor entre la comunidad profesional.

En la calle de Ciutat de Granada, Abdeslam, Redouan, Otman, Ahmed y Soufiane, los cinco chicos que se dirigen a la estación del metro amarillo de Llacuna para hacer rato, acodados en la barandilla, comiendo pipas y escuchando Rihanna en sus Mp3, se cruzan como una exhalación con Vicenç Galea, que los intercepta una vez pasan rozándole.

Con la lluvia sacudiéndoles el cabello, y con el sonido de las ruedas de los camiones que salpican agua del alcantarillado cada vez que pasan por enci-

ma de los charcos en los cañadones de la calzada, Vicenç Galea se interesa por sus procedencias, sus apetencias, sus inseguridades. Durante 20 minutos, con la lluvia introduciéndose en las paredes de los huesos, el educador social charla con los chavales, que forman un coro alrededor de él, sus caras circunspectas, desconfiados al principio, desinhibidos después, atentos en todo momento porque en sus palabras toma forma su futuro, del que por ahora solo quieren escapar flipando con Shakira y pelando pipas Churruca.

Vicenç simpatiza con Redouan, callado y viejo, porque tras la inspección ocular y el intercambio de credenciales, habla sin pelos en la lengua, con unas ansias de comerse el mundo que solo se tienen a su edad. “Es que es moro moro, cateto cateto, de pueblo pueblo, ¿no veis cómo se ríen de él los demás?”, indica Vicenç, que matiza que las risas, en realidad, son francas, sanas, de críos que se lo pasan bien entre ellos y que responden a educaciones diferentes de culturas diversas aunque todos provengan de la misma ciudad, Tánger.

Vicenç.—(Directo al corazón.) ¿Qué haces por las mañanas?

Redouan.—(Afectando ignorancia.) Yo centro, centro educador...

Vicenç.—(Le aprieta.) ¿Dónde?

Respuesta muda. A partir de entonces, Abdeslam, que con medio año en España ha aprendido un castellano aceptable, actúa de intérprete, y traduce las palabras de Redouan, que se pierden en un galimatías, porque tropieza en su propio discurso, y usa una jerga oscura para los periodistas presentes, agazapados en los cuévanos de la noche.

Vicenç.—(Serio, aposta la voz.) Quiero hablar contigo —y dirigiéndose a Abdeslam—: Dile que quiero hablar con él.

Abdeslam traduce al árabe: عم شدحتي نأ دي ري

Redouan.—(¿Finge?) Mucho problema... No familia, no familia ni nada...

Vicenç.—(Si se dijera *sobrecogido*, resultaría excesivo, porque da la impresión de que este hombre lo ha visto todo.) ¿Cuándo podemos hablar? (Sin darle tiempo para responder.) ¿Qué haces el jueves por la mañana?

Abdeslam traduce al árabe: موي حابص ني لعفت اذا م
س ي م خ ل ا ؟

Vicenç.—(Armado de razones.) Queremos denunciar —y mirando a los periodistas, se justifica—: Ahora hay más niños en los centros, y algunos educadores solo saben dar ostias, ostias, ostias. Pegan y repatrián. A un *nano* el director del centro le rompió la mano, se la aplastó, pisándole con el pie. Me lo han explicado.

Vicenç.—(Fijación mística, santa, como de alguien poseído por una divina misión. A otro de los chicos.) Y tú, ¿cómo te llamas?

Ahmed.—(Sin miedo.) Yo, Ahmed.

Vicenç.—(Con segundas intenciones.) ¿Tienes móvil?

Ahmed.—(Sincero.) No tengo.

Vicenç.—(Se presenta formalmente.) Soy educador de calle, estamos preocupados por lo que pasa aquí dentro (refiriéndose a Alcor). ¿Vas al médico, a la doctora de Via Laietana?

Ahmed.—(Confundido.) ¿Santa Perpètua?

Vicenç.—(Tono apaciguador.) No, en Barcelona. Si quieres, un sábado de la semana que viene llamas

a tus amigos y hablamos con confianza. (Lo repite varias veces para asegurarse de que se le ha entendido.) Que vengan todos, y me llamas, nos vemos el sábado que viene, mañana no que no estoy yo, el sábado que viene... (Acto seguido, se vuelve a Redouan, de maneras rudas, a su espalda, y pondera.) Redouan, ¿qué haces el jueves por la mañana?

Redouan.—(Solícito, permisivo, servicial.) Nada, nada. El Bosc (se trata del centro de día de la Generalitat El Bosc)...

Vicenç.—(Informa, paciente, de las normas de la institución.) Pero tú sales y te vas a pasear... Puedes hacerlo. (De repente, corta la conversación para lanzar una pregunta.) ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Redouan.—(Hiperactivo, abraza el aire, y mueve los brazos en direcciones contrapuestas, hasta que chocan, entorpeciéndose en explicaciones, con ganas de caer bien. Sus vaivenes, los de Mick Jagger en *Dancing In The Starlight*. Se esfuerza en su castellano, por el que sufre y suda más gotas de las que caen del cielo. Cada vez llueve con más intensidad.) *Vente días...* Autocar, autobús...

Vicenç.—(Con atención, intenta tirar del hilo.)
¿Qué hacías en un autobús? ¿Adónde ibas?

Redouan.—(De corrido.) *Sansebastián*.

Vicenç.—(Que se lo ve venir.) ¿Debajo del autocar?

Redouan.—(Se excusa, advierte el enfado del hombre que, a partir de ahora, será el Señor, y que ya le merece respeto.) Ni dinero ni nada.

Vicenç.—(Pone en antecedentes a los periodistas, que escuchan sin abrir la boca.) Ayer me llamaron desde un ambulatorio del barrio de la Salut, de Badalona. ‘Que tenemos un niño aquí.’ Este *nano* se escondió en el chasis del autocar para ir a San Sebastián. (Se pone serio, ante lo cual Redouan se exagera y exagera sus movimientos, rápidos como los remos de las regatas de Oxford.) No hagas teatro —a Abdeslam—: Dile que no haga teatro...

Abdeslam traduce al árabe: حرسم لالعفت ال

Vicenç.—(Ansioso, con autoridad, con la vista clavada en Redouan, mientras con la mano sujeta a Abdeslam para que no se le escape el sentido de su consejo, un buen consejo.) Que no se vaya a San

Sebastián, que es peor que aquí, malo... Dile que este jueves por la mañana nos vemos. ¿Hay algún educador del albergue con quien tengas confianza?

Abdeslam traduce al árabe: ناس يلع ريست ال رومالنا ، انا نم أوسأ وه يذلا ، نايتسابي سحابص اذه هل ل ق...ءوسو ، سي م خ ل ا موي

Antes de que termine la frase, Redouan intenta quitarse el vendaje de la mano para enseñarle las heridas que se hizo debajo del autocar, agarrado al puente meritor del eje trasero y con la cabeza pegada a las llantas de acero.

Vicenç.—(Le manda estarse quieto, habla con Abdeslam con la sintonía de los doctores que recomiendan una receta sin mirar ni siquiera lo que escriben; tal es su seguridad.) Que se esté tranquilo, un educador hablará con él, y el jueves nos veremos.

Abdeslam traduce: ش د ح ت أ ف و س و س ر د م و ه ، ائءاه ت ن ك ، ى ر ن س س ي م خ ل ا موي و ، و ع م .

Vicenç.—(Con encono, sin ni siquiera parpadear, igual que un lunático.) No te vayas a San Sebastián.

Abdelam, durante la conversación, solo se ha quitado uno de los cascos de los auriculares blancos

Aiwa, mientras el otro le cuelga de la oreja. Ayuda en lo que puede, y da la sensación de que este trabajo de corredor de lenguas lo ha hecho en otras ocasiones, por lo habitual que le resulta y la manera de desenvolverse: ذاي ت س اب ي س ناس ي ل ل ب ه ذ ا ل.

Ahmed quiere expresarse pero no encuentra el vocabulario, y apenas si se le entiende.

Vicenç.—(Conciliador.) ¿Que cuántos? ¿Cuántos sois en El Castell?

Ahmed.—(Enorgulleciéndose por creer decir la cifra sin ninguna falta en la pronunciación.) *Vente*.

Vicenç.—(Incrédulo.) ¿Solo?

Redouan.—(Lastimoso, igual que uno de los nambiguara de Lévi-Strauss en *Tristes trópicos*, que le tiraban de la manga para hacerse notar.) ¡Yo no quiero hablar con ellos, no quiero!

Vicenç.—(Promete, los demás son testigos.) Hablaremos con confianza.

Redouan.—(Se derrumba, pero el resto de sus amigos le contemplan como un bicho raro, no sin cierto cariño.) Te lo juro, te lo juro. ¡Marruecos, racistas!

Relámpagos y truenos. Por un instante, la luz de un relámpago se refleja en las caras de los muchachos, por las que corren ríos de lava, mortificados en la calle, en la nada, en la intemperie absoluta, cuando deberían estar estudiando en sus cuartos. No tienen casa.

Redouan.—(Alarmado, jura y perjura.) Te lo juro, te lo juro. Marruecos, racistas, racistas.

Risas incontroladas y nerviosas en los flancos.

Vicenç.—(Les explica la situación a los periodistas, aplanados, apostados al lado de una farola y de la persiana de una fábrica de engranajes.) Estos *nanos* son de clase baja, y los que trabajan como educadores en el albergue son universitarios. Para estos últimos, son purria, se avergüenzan de ellos.

Vicenç.—(Reviste sus mensajes del colorante del reposo, y amansa al grupo. Soufiane sale del anonimato y muestra su caso al Señor.) ¿Cómo te va en Vila-seca?

Soufiane.—(Niega con la cabeza.) No hay cursos.

Vicenç.—(Le interroga.) ¿Cómo que no hay cursos?



Soufiane.—(Insiste, con la mano en el pecho. Dice la verdad.) Seguro, no hay nada.

Redouan.—(Se gira hacia los periodistas.) Por favor, herida, te lo juro. No tengo nada...

Abdelam les expone lo que ha querido decir: que Redouan pide periódicos para poder leer y practicar el idioma, pero que se niegan a facilitárselos. Se impacienta: “Internet nada, nada”.

Vicenç.—(Sintetiza. A Ahmed.) Bueno, queda claro. Sábado de la semana que viene, tú habla con los chicos, que vengan los veinte. Queremos denunciar, pero nos falta que habléis y que nos digáis qué os han hecho y qué días... (A Redouan, que ha vuelto a envejecer en un segundo.) Tú, por la mañana, un educador del albergue hablará contigo, y el jueves nos vemos.

نحنو ، كئيل لثدحت لالزنل نم اي برم فوسو ، موي ل احابص
سيمي خال / موي ل

Vicenç.—¿Vale? ¿Sí? Hasta luego.

Los chicos le dan las gracias con profusión, agradecidos: “Gracias, chao, hermano, gracias, hasta luego”.



Marc Javierre.—No te metas debajo de un autocar. Viajarás en los asientos la próxima vez.

Redouan.—(Macilento, con el cabello enmarañado y desmadejada el alma.) En Marruecos nada, nada.

Vicenç.—(Pontifica, ascendido con su aureola mesiánica del Único Señor que Hace Caso a los Niños de la Calle. Se vuelve a los periodistas, cerosos por la palidez de sus caras, frías como este abril frío de cielos fuliginosos.) Cogió el autocar. Decía que esto es una mierda y que se quería ir. En Badalona, el chófer se dio cuenta cuando ya tenía raspadas las piernas. Reduan lleva tres semanas en Cataluña y ya se quiere marchar. No sabe ni castellano ni catalán, porque no hace ningún curso, porque no le han apuntado. Ayer a las siete de la tarde, a este chaval le recogieron los Mossos y lo llevaron a la Fiscalía, y allá pasó la noche. Y la Generalitat quiere denunciar a Amnistía Internacional, que ya hizo una investigación sobre esto mismo.

Retoman el trayecto los reporteros, seducidos por el Hombre Que Se Alza con el Puño Cerrado, en los ancones que dejan los aguazales, las aguas estancadas, en el malecón industrial de Poblenu.

Mientras andan bajo la lluvia, cantan el estribillo de lo lícito y de lo permisivo, sumidos en la vacilación y con la voz en bordón.

Vicenç.—(Sus galanuras dejan entrever su enorme compromiso. Recusa las recomendaciones de la DGAI, según él, viciada por un aparato burocrático que analiza la antinomia de los informes preliminares en lugar de cuidar a unos simples niños.) Uno vive en Santa Perpètua de Mogoda; uno en Vila-seca, y los otros tres, aquí, adonde vamos, en el albergue Alcor, que se inauguró en septiembre del 2000. Si llegas a las 12 de la noche, ni cenas ni puedes entrar en la habitación. El centro abre a las ocho de la noche y cierra a las ocho de la mañana. Cuando cierra les echan afuera. Entonces, los chicos van al centro de día El Bosc, en Vallvidrera. Allí no tienen ni techo ni actividades educativas. La primera acogida es así, ya veis. Decían que Alcor lo querían cerrar el 31 de marzo pasado, pero yo no me lo creí. Lo hemos estado denunciando desde hace nueve años. En el 2009 hubo un brote de gripe A, y estalló una especie de insurrección entre los chavales, que puso en evidencia las carencias sanitarias

y las pésimas condiciones en las que se encuentran. Alcor tiene cabida para 60 chicos, y siempre hay una docena demás. Este centro, único en España, contraría la lógica de la tutela, porque nadie se hace cargo del joven. El chico no tiene casa; si tiene fiebre, nadie se hace responsable de él.

Vicenç Galea intenta localizar a un chico a quien, hace año y medio, el director de un centro de menores aplastó los dedos de la mano con su zapato. Quiere convencerle para que le denuncie.

Por fin, el número 122 de Ramon Turró.

Vicenç.—(Con pesadez.) Mira, es esa fábrica.

Jesús.—(Voz nasal, resfriado.) Sí, es una fábrica.

Vicenç.—(Les instruye, ante sus ansias de buscadores de diamantes.) *Abans era una impremta.*

Las frangolladas instalaciones de Alcor, como diría un antropólogo forense, ocupan un edificio siniestro, anejo a los almacenes de las empresas por las que en cada amanecer entran los toros mecánicos. Siniestro hasta el punto de que Tarantino se inspiraría en él para escribir un guión con matanzas en las que no quedara ningún superviviente, o un guión sobre

niños que aún respiran, enterrados vivos en ataúdes de madera de cedro, barnizados, acolchados, del tamaño de un batel, a medida, como un traje inglés cruzado y con dos cortes impecables. A través de un tabique de vidrio templado con tochos translúcidos se ve cómo un chico le corta a cepillo el pelo a otro.

El educador cruza la calle, vacía de motores, y se acerca a la puerta, por la que asoma un vigilante de seguridad de la empresa APIP (Associació per a la Promoció i Inserció Professional), un marroquí ofuscado, cabizbajo, que arrastra los pies, como si se hubiera tomado un frasco de barbitúricos para dormir eternamente.

Vicenç.—(Con los ojos vidriosos, como la resina que exuda por un árbol.) ¿Qué tal, cómo estamos?

Vigilante Omar.—(Desalentado.) Bien, ¿y tú?

Vicenç.—(En el umbral, modula la voz, que rezuma los hilos de la lluvia.) Aquí, mojándonos un poco. (Solo le falta hacer con los dedos la uve de la Victoria, por el rechazo radical de la violencia, como si profesara el anabaptismo.) ¿Qué tal, cómo va la vida?

Vigilante Omar.—(Impertérrito.) Aquí.

Después de intercambiarse los respectivos saludos de la consagrada audiencia, el vigilante, que reconoce a Vicenç por haberle visto en el centro en otras ocasiones, le cuenta su comeción: “Nos quedamos sin trabajo, nos quedamos fuera. Somos vigilantes externos, y nos echan”.

Los coches de lunas tintadas y dibujos de calaveras y carrocerías barrocas, y los camiones de la basura, circulan de vez en cuando por la calle, y salpican al chapotear sobre el barro y la mierda.

Vicenç.—(Investido con la gracia de los coatís.)
Cúidate. Adéu.

Vigilante Omar.—(Se sume en su aflicción mientras mete hacia dentro la cabeza de un mocoso del Magreb para quien nuestra aparición supone una auténtica novedad.) Adéu.

Lalluvia nos despoja de nuestro brío. Deambulamos por las calles Ávila, Badajoz, Zamora. Damos con el bar de copas *Come Más*, al estilo de Villa Ahumada, en la zona de garitos que se comienza a llenar de grupos de jóvenes que van a pillar la papa. El Cacaolat

ardiendo de Jesús desentona con las Voll Damms que los *piercings*, las líneas militares, las lentejuelas, los tejidos brillantes y las rastas demandan con avidez.

A los dos días, Vicenç Galea envía por mail a la lista de correo de medios de comunicación un artículo del doctor en Sociología César Manzanos, titulado “Racismo con los *menas* [menores extranjeros no acompañados]”.

[...] desde un punto de vista sociológico y psico-social, muchas de estas personas en la etapa vital de la infancia, adolescencia o juventud, que provienen de culturas particulares de países empobrecidos, tienen una complejión física, así como un proceso de maduración anticipada, comparativamente mucho mayor que el de otras y otros adolescentes. Si no, pruebe usted a criar a un hijo suyo en las condiciones en las que ellos han vivido en África, y luego hágale cruzar el Estrecho en patera para después, durante unos años, vivir internado o en clandestinidad. Verá usted el aspecto tan «infantil» que le quedará a su precioso retoño. Por favor, basta ya de etnocentrismos hipócritas y de burdas generalizacio-

nes sobre la edad de estos menores. Ellos han tenido que aprender a asumir responsabilidades, a funcionar autónomamente, a buscarse la vida mucho antes, por lo que en muchos casos han madurado de un modo muy distinto que las personas en la etapa vital de la infancia, adolescencia o juventud de las culturas particulares de nuestros países enriquecidos.

PASQUÍN QUE AVISA DE UN DESAHUCIO EN CIUTAT MERIDIANA.

NUEVO DESAHUCIO EN ZONA NORD

(Ciutat Meridiana-Nou Barris)



El próximo miércoles, 22 de octubre de 2014
A partir de las 9,00h en C/ Les Agudes, 81, 3º, 2ª
Desahucio de Marilín Peña y
sus hijas Samira 25 años y Roser 16 años
Patrocinado por Banco Sabadell
Concentración a partir de las 9,00h
en la salida del metro línea 11 de Ciutat Meridiana

STOP DESNONAMENT A NOU BARRIS



La subida

La calle de Martorelles, en Torre Baró (Nou Barris), bordea un cerro escarpado, banderilleado de esqueléticas torres de alta tensión, escalonado de casas, levantadas de la nada, como las ventas que Don Quijote, sonado, confunde con castillos. En el terrado de alguna de estas casas flamea la bandera negra de los piratas, con su carabela y sus dos tibias cruzadas. Las vistas, al cementerio de Santa Coloma de Gramenet, al otro lado de las carreteras 17, 33 y 58.

—Hola, Eva, ¿me puedes abrir?

Ella pulsa el interfono para abrir la puerta del edificio del 24-26 de Martorelles. No se abre la puerta, en la que se ha enganchado la información municipal

que avisa del último Consell de Barri, el órgano de participación del Districte de Nou Barris, de la que es concejal Irma Rognoni (CiU).

El marido de Eva baja a abrir porque se ha estropeado el interfono.

En la escalera, la nota de la comunidad de vecinos en la que también se informa de las “filtraciones de agua que se producen en los bajos”.

Desde el 2008, Eva Barón (Barcelona, 1981) y su pareja, Jordi Fernández (Barcelona, 1979), y el hijo de ambos, Jordi (Barcelona, 2012), viven en un piso de protección oficial de ochenta metros cuadrados, con tres habitaciones, dos balcones, un trastero y un baño, más el salón y la cocina.

“En el sorteo nos tocó este piso, y estábamos muy alegres”, se enjuaga las lagrimillas Eva, la cabeza de turco del BC, una rosa roja en una mina de carbón. Delgada, ligera y resistente. Aunque hoy en día estos adjetivos definen una *tablet*, Eva Barón nació con tales atributos.

El piso que ganó, como en una “lotería” (“se presentaron 200 personas para 16 pisos”), forma

parte de una promoción que se construyó cuando el Govern d'Entesa (PSC, ERC, ICV-EUiA) mandaba en la Generalitat (2006-2010). Se trata de cinco bloques rosados, de tres plantas cada uno, en los que se alojan unos cuarenta vecinos; la mitad de ellos, provenientes de las viviendas aledañas, expropiadas por el plan de reforma urbanístico de 1984 de Torre Baró. En el resto de pisos vacíos de esta promoción se han instalado algunas familias (“se metieron adentro, le dieron la patada a la puerta y ahora allí están”, explican los vecinos).

Eva y Jordi se alegraron cuando entraron a vivir en su piso, el 1º 1ª. Allí concibieron a su único hijo, que tiene el nombre de su padre. Pagaban cada mes unos cuatrocientos euros, merced a la ayuda del 30% (unos doscientos euros) del Ministerio de la Vivienda (hoy, Fomento), del que fueron titulares las socialistas María Antonia Trujillo, Carme Chacón y Beatriz Corredor.

Con los conservadores en el poder (CiU en la Generalitat, en el 2010; PP en la Moncloa, en el 2011), se suprimió la subvención. “Los recortes”, adujeron los responsables pertinentes.

Así, pues, cada mes ya han de pagar 654 euros. Hasta ahora, han cumplido. Pero, posiblemente, cuando venza el mes de abril, dejarán de cumplir con sus obligaciones contractuales.

“No podemos, no podemos pagar. No llegamos. Mi pareja está en el paro, y no encuentra nada de montaje de vías, de perforaciones, que es a lo que se ha dedicado siempre. Y ahora cobra los 426 euros de ayuda familiar, y nada más. Yo también estoy en el paro. En el centro de Granollers, yo tenía una empresa de muebles y decoración, Teca Confort, pero con esta crisis todo se fue al traste”, asume Eva, la voz parlante, mientras su pareja vigila las construcciones curvilíneas de su niño de año y medio, que superpone cubiletes de plástico y de colores, hasta que la torre se desploma.

“No podemos asumir este sobrecoste. Nosotros tenemos un compromiso, un pacto por el que el ministerio de entonces se hacía cargo durante 10 años del 30% de la hipoteca. Y ahora se desentiende. No es justo”, carga Eva, envuelta en el misterio de las negaciones de Pedro: “El banco me ha dicho que

no puede hacer nada. Fomento me dice que tampoco puede hacer nada. Y la Generalitat no quiere saber nada. No, no y no”.

Los técnicos y los voluntarios de la Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona están sopesando interponer un recurso contencioso-administrativo, con las firmas de los afectados de Martorelles, que se han constituido en asociación, de la cual es presidente Jesús Barragán.

“Nos han dicho que es probable que prospere, pero que irá lentamente. En un futuro, podríamos recuperar el dinero de este subsidio, de manera retroactiva, más los intereses por la demora y la compensación por daños y perjuicios”, apostrofa Eva, que junta las palmas de las manos en actitud beatífica. “Hay muchas personas buenas que nos ayudan.”

Por ahora, han elevado su queja a los plenos del Ajuntament: “Le hemos recordado a la señora Rognoni la promesa que ella nos hizo. Nos dijo que el Ayuntamiento de Barcelona se haría cargo de la deuda, que ese dinero de más que ahora tenemos que

pagar y que antes no pagábamos lo asumirían ellos. Pero no la ha mantenido, y donde dije digo...”.

Las facturas se amontonan, como los dados de colores con los que el bebé construye castillos en el aire, en el parque infantil en el que se ha convertido el comedor: “Como podemos vamos pagando el agua, la luz, el IBI... Y ves cómo se van sucediendo los desahucios en la zona... Es muy triste, muy triste”.

Eva Barón y Jordi Fernández se refugian en su pequeño, la esperanza blanca, la minicápsula de la que extraen la fuerza que les ayuda a superarse.

“La opción que nos dan es que entreguemos el piso al banco, a cambio de un alquiler. Llevamos pagados unos ochenta y tres mil euros, y eso sería como tirar el dinero. Tenemos la hipoteca a veinte años, y la mitad la hemos pagado. Supondría poco menos que renunciar a todo lo que hemos hecho hasta ahora”, dicen los dos, que se han apuntado a la lista de la Cruz Roja para recibir alimentos.

Para colmo, por el *Telediario* se enteran de otra mala noticia. Suben el volumen del televisor. La presentadora, impertérrita, lee en el teleprompter:

“El Gobierno revisa al alza los tipos de interés de la vivienda protegida, del 2,78 al 2,98”.

Esa frase significa que tendrán que pagar dos euros más cada mes.

El interfono no va. Con los años, se acumulan los desperfectos en el edificio: humedades, baldosas levantadas, persianas rotas...

Este reportero se marcha. Espera el autobús de la línea 80 (Plaça de Lluçmajor-Vallbona).

Pegada a un poste, la pegatina: “Stop pujades. Culpable de l’increment del preu del transport. [alcalde de Barcelona, Xavier] Trias, tu tries”.



‘El transformador mata’

“Lláname al móvil cuando llegues, porque no va la luz de la escalera.”

Un hombre cansado palpa con sus manos en la oscuridad de una escalera de tres plantas. Ilumina los peldaños con la pantalla de su Samsung. Con incipiente barba, con la quijada que aprieta el silencio de los pobres, como una fantasmal aparición en un torreón de Bulgaria, arrastra las zapatillas para abrir la puerta del rellano. Sin luz, no funcionan los interfonos.

El hombre se llama Jesús Barragán (Guadalcanal, Sevilla, 1950), vecino del tercero tercera del número 36-38 de la calle de Martorelles, en Torre Baró. En el

bloque en el que vive, junto con otras siete familias, no hay luz porque la compañía cortó el suministro eléctrico. Desde hace semanas, la mitad de los vecinos no paga los gastos de la comunidad. Si no se pagan las facturas, no hay luz; si no hay luz, no van los interfonos.

El presidente de la escalera es Jesús Barragán, y por ello, y porque en abril se ha constituido una mesa de trabajo en el Ajuntament de Nou Barris para poner solución a las quejas de los ciudadanos, en estos días ultima una lista de agravios, la instancia que se presentará en la alcaldía en nombre de la barriada.

La lista:

-Humedades. En el caso de la casa de Jesús, las manchas se expanden por el comedor. En la parte baja de la pared que da al baño, y detrás del sofá de cuero, la mancha, con moho, mide medio metro. Y en la pared que da al bloque del número 34, la mancha se ha tapado con un cuadro con tres flores; la colocación en la junta de dilatación del bloque de una placa de metal galvanizado parece ser que ha ayudado a que remitiera.

-Baldosas. Con el calor, las baldosas de gres se dilatan, se despegan y se levantan. En el caso de la casa de Jesús, han saltado cuatro azulejos, cerca del balcón.

-Hacer peatonales las aceras.

-Colocar escaleras.

-Mejorar los desagües de los patios interiores.

-Arreglar los paneles solares del terrado, de dos metros cuadrados cada uno y fabricados por la empresa china Beijing Sunda Solar Energy Technology y Co.

-Estudiar si el transformador de 25.000 vatios de los bajos emite algún tipo de radiación que pueda causar cáncer. Tres personas ya se han visto afectadas, y los propietarios no creen en las casualidades. En una de las puertas de la finca, la pintada: “El transformador mata”.

“Los del Patronato [Patronat Municipal de l’Habitatge] dicen que nos las arreglemos, que ellos no harán nada”, se ofusca Jesús, que lamenta que en Barcelona gobierne una especie de troika comunitaria alejada de la realidad. Pese a todo, mantiene su fe

en la diplomacia local para evitar la guerra fría de las pedanías. “Y de mientras, yo voy trámites p’arriba y recursos p’abajo.”

Jesús Barragán y su señora, Dolores Fernández (Fuentes de Andalucía, 1952), llegaron a Barcelona en 1974. Residentes desde entonces en la avenida de Escolapi Càncer, 63-65, les sacaron de su casa de planta baja en el 2007, por mor del PERI (Plan especial de reforma interior) de 1984. Así, más pobres, más tristes y más expuestos a los devaneos de las voluptuosas autoridades, se marcharon forzosamente de su hogar, junto con otra treintena de familias, etiquetados con el título urbanístico de *expropiados*.

“Ellos [la actual Administración municipal] ponen parches y hacen chapuzas”, murmura Jesús Barragán, que sigue redactando su particular lista de “deslealtades”, y me avisa de que tenga cuidado con los escalones, que no tropiece cuando baje:

“Como antaño, sin luz”.

La estafa

—Soy Irene, me han estafado y este martes me quitan el piso, ¿me podéis ayudar?

La vecina de la Marina-Zona Franca, Irene Sánchez (Barcelona, 1977), ha guardado en la lista de contactos de su teléfono móvil el número de Susana Ordóñez, representante de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (<http://pahbarcelona.org/>).

Víctima de un “préstamo-estafa”, ha hecho frente a dos intentos de desahucio, el último de ellos efectuado el pasado 3 de junio. De pelo trigueño, denegrado por las subidas de tensión; enflaquecidos los brazos, estirados como punitivos latigazos, y con los

ojos desencajados y apagados como el rosa del tatuaje florido de su pecho, Irene apenas si tiene fuerzas para poner en orden su vida: con tres hijos pequeños y revoltosos, S. (2001), I. (2003) y O. (2008), y con un marido, S., que se atiborra de pastillas para superar las depresiones.

Susana, de la PAH, habría creído que la persona que le llamaba desvariaba si no fuera porque la vileza que la voz de Irene denunciaba mataba cualquier indecisión. Irene se tiró más de veinte minutos al teléfono, aunque procurara no alargar su llamada por temor a inflar la factura. De perdidos, al río.

Irene.—Me ha estafado una persona en quien confiaba. Por eso ha conseguido estafarme, porque me ha ganado. Se llama María [María N. E.] y era del barrio, aunque desapareció después de timar a casi veinte familias. Mi historia es muy sencilla. Con mi familia vivía en la calle de Alts Forns, 74, sobreático coqueto con tres habitaciones, un baño y una terraza. Decidimos irnos de Barcelona y buscar una casita en la urbanización Mas d'en Gall, en Esparraguera. Entonces, los de la Unión de Créditos Hipotecarios

[UCI, “hipotecas responsables”] nos propusieron una cosa que se llamaba ‘hipoteca-puente’. ¿En qué consiste la hipoteca-puente? Pues en que te dan el dinero para liquidar tu anterior hipoteca (yo la tenía con Catalunya Caixa) y te dejan el dinero para adquirir una nueva vivienda (a mí me prestaron unos seiscientos mil euros en total). Se trata de comprar antes de vender. Así, pues, yo pagué el piso de Alts Forns, de 246 mil euros, y tenía un año por delante para quitármelo de encima y poder acabar de comprar la casa de Esparraguera, que costó 282 mil euros. Para más inri, resulta que la agencia que nos vendió esta casita no nos dijo que estaba edificada en zona verde, y por eso no nos dieron permiso de obras para reformarla; el tasador no nos avisó. Pasó el 2004 y no vendí el piso de Alts Forns, y entonces empezaron a encenderse todas las alarmas. Había pasado un año y ya tenía dos hipotecas de casi mil euros cada una de ellas. Además, en el 2006, mi marido, que trabajaba en la industria de artes gráficas como montador de troqueles, se había quedado en el paro. Desesperada, pedí ayuda a la madre de un amigo de mi hijo, del

colegio Alfageme. Esa tal María, quien, al parecer, trabajaba en una gestoría. La mujer se ofreció a ayudarnos. Me dijo: ‘No te preocupes, miraré qué se puede hacer’. A los pocos días, en la puerta del colegio de los niños, me dice: ‘Lo mejor que puedes hacer es pedir un préstamo para invertirlo y así te generará el dinero suficiente para que tú tengas beneficios y para ir pagando’”. Resulta que el préstamo era de seis meses, y una vez acabado este plazo, tenía que haber sido saldado. Esta mujer me aconsejó que fuera mi madre quien firmara este préstamo, ya que yo tenía dos hipotecas. Así, pues, firmó mi madre sin saber la cantidad que se había puesto (posiblemente, 90 mil euros). Al cabo de unos días, esta mujer me recomendó que sacara a mi madre de la firma y que me pusiera yo, para no meterla en un lío, que había puesto su casa como aval. Pero lo que hizo esta pájara fue ponerme un nuevo cheque delante, con una nueva cantidad (posiblemente, 40 mil euros), que gestionó el Banc Sabadell y que se quedó María. El contrato se firmó en una notaría del Passeig de Gràcia, con una financiera privada llamada Proyectos y Desarrollos

Activos. Pasado un mes, en la puerta del colegio de los pequeños, la pajarraca me dio un sobre en mano que contenía mil euros, así que si había dudas sobre ella, se acabaron de disipar, porque yo ya confié plenamente en su hacer. Pero el segundo mes ya no eran mil euros, sino que me dio un cheque sin fondos. Entonces, la llamé, pero el teléfono lo tenía apagado. Y desapareció sin dejar rastro, se esfumó. Yo me planté en casa de sus padres, pero no sabían su paradero. Me enteré de que les había hecho lo mismo a otros vecinos; yo conozco, al menos, a unas doce familias, cada una de las cuales pidió el dinero para sus propios asuntos. Pensé: “Esta tipa nos ha estafado y se ha pirado con el dinero. Blanco y en botella”. Inmediatamente, puse una denuncia contra ella y contra Proyectos y Desarrollos Activos. A mí me da en la nariz que en el ajo están la financiera, el notario, la directora de la oficina bancaria... Se abrió un “procedimiento de ejecución hipotecaria”. Los de UCI me quitaron el piso en el que vivía hasta entonces, en Alts Forns, y la casa de Esparraguera en la que nunca llegamos a vivir. En el 2009, tuvimos que

hacer las maletas y marcharnos a casa de mi madre, en Alts Forns, 61. Me he quedado sin casa y sin ahorros, y voy pagando como puedo a los juristas de Asles Grup d'Advocats. Varios de los estafados presentamos una demanda colectiva, pero los abogados llevan siete años sin hacer nada, y solo yo ya les he pagado más de quince mil euros... No sé, no sé qué pensar. Total, que me acabo de enterar de que dentro de cuatro días se subasta el piso de mi madre, donde vivimos ahora todos, y la abogada no me había dicho nada. Perdona por el rollo, pero ¿podéis ayudarme vosotros?

El 3 de junio del 2014, día del “lanzamiento” (desahucio), delante del portal de Alts Forns, 61, se congregaron unos doscientos activistas, la mayoría colaboradores de la PAH y de l'Assemblea Indignats de la Marina.

La comitiva judicial no pudo “ejecutar” su cometido.

Ese día, ganaron los buenos.

‘Stop espulsione’

Stop espulsione (melodrama).

Puccini habría compuesto su decimotercera ópera de tres actos con un libreto escrito por la Plataforma d’Afectats per la Hipoteca (PAH). Ópera titulada *Stop espulsione* (stop desahucios). Si ya en *La bohème* subió a la buhardilla de los músicos callejeros y relató las dificultades que tenían para pagar el alquiler, hoy estrenaría la representación de un desahucio, con un montón de extras.

La PAH de Barcelona (pahbarcelona.org) organiza todos los lunes, a las 18 horas, lo que se llama una “asamblea de bienvenida”. Se trata de una

sesión informativa, en el local que han alquilado (Enamorats, 105), sesión a la que las personas que están a punto de perder su casa asisten para saber qué pueden hacer. La consigna recuerda la campaña de Barack Obama en las presidenciales norteamericanas del 4 de noviembre del 2008: “Sí se puede”. Un “¡sí se puede!” entre signos de admiración, coreado por los activistas como si fuese música *gospel*.

Sentados en círculo, casi un centenar de angustiosas víctimas del actual sistema económico se personó, el pasado lunes 21 de julio, en Enamorats 105, espacio de no más de 70 metros cuadrados. A todos les ha sucedido lo mismo que al expresidente del Barça Sandro Rosell con el caso Neymar: que no han leído la letra pequeña del contrato.

“No somos abogados, ni asesoramos como si fuéramos gestores. Solo somos ciudadanos, y aquí todos ayudamos, nos consultamos, y averiguamos qué nos pasa. Deseo que esta reunión os sirva como a mí me sirven las numerosas reuniones en las que participo. Al principio, yo no me enteré de mucho, pero me

fui, cómo decirlo, me fui con el espíritu aligerado. Sí, con un halo de esperanza, porque todos los que estamos aquí estamos pasando por el mismo proceso”, abrió la reunión, micro (alcachofa) en mano, Aurora García (Barcelona, 1951), mujer canosa que se lía los cigarrillos y las utopías sin que le tiemble el pulso, con la seguridad de un cortafuegos, la mandíbula cerrada y los acuosos ojos de las lluvias de noviembre.

Aurora, la víctima, avaló a su hija, quien, con su pareja, se compró un piso en los años de las vacas gordas, en el 2007. “Ocurrió que su novio, que trabajaba en la construcción, se quedó en el paro. Y al cabo de un año nos quisieron quitar la casa. Mi hija sufrió ataques de ansiedad; su pareja, depresión. Los bancos son miserables, miserables. Pero parece que a finales de este mes nos darán una solución: posiblemente, la dación en pago [dar el inmueble para saldar la deuda contraída con el banco: “te entrego las llaves del piso y así queda saldada la deuda”]”, explica su caso Aurora, que habla como corta un cúter, porque acuchilla las frases con la indignación que le revuelve el estómago. “Menos mal que encontré a los de la PAH. Ellos me

han ayudado muchísimo, muchísimo. Cómo decírtelo: pasamos de ser pobres a ser... fuertes. Nos quitamos el complejo de culpa que teníamos, como si nosotros hubiésemos hecho algo malo. Aquí se llama a eso *empoderamiento*. Sí, nos hemos empoderado. Y ahora se nos respeta. Antes te presionaban de muchas maneras, pero ahora no. Hemos salido del hoyo, porque venir a la PAH ha sido como una... catarsis. Aquí el ego es muy pequeño.”

Aurora rompió el hielo, y se quedó a gusto: “Llegas a la PAH y aprendes, aprendes el vocabulario, sus palabras, las de ellos (qué es esto y qué es lo otro), y todas esas cosas que nosotros no sabíamos ahora las sabemos, sí, muy tarde, porque ¡qué tontos hemos sido! Pero los bancos tenían una máquina de hacer dinero, y todos firmaban las hipotecas, incluso los notarios entraban en el juego. Y no es justo que solo los de abajo paguemos los platos rotos, no es justo”.

Después de Aurora, en la reunión de bienvenida hicieron pedagogía los voluntarios de la PAH, activistas desde el inicio del Big Crap desencadenado

por las *hipotecas basura*, al otro lado del Atlántico. Ellos intentaron sosegar, ser muy cercanos y ser muy didácticos.

ACTIVISTA 1, con gafas, del color de la piedra pómez, envalentonado, que peroraba en “femenino plural”, como muestra léxica de solidaridad con las mujeres.—Vamos a saber qué significan las palabras y los conceptos. Aquí hay mucha gente para la que es su primer día. Y nuestro lema es: “Hoy por ti y mañana por mí”. No dejamos a nadie en la calle. Esto lo construimos entre *todas...*

MODERADOR, que continuamente se levantaba, como si padeciera ciática, y alzaba la voz para que se le oyera mejor, como un mediador internacional que busque poner fin a la operación Margen Protector, en Gaza.—Las casas no son un negocio, son un derecho.

La frase la ha leído el Moderador en los carteles pegados a las paredes.

En el corcho de la PAH caben mensajes, protestas y anotaciones: “camisetas, 9 euros; chapas, 1 euro”; “culpable, banca criminal”; “próximo desahucio, Palacio de la Zarzuela”; “*els bancs enganyen*”; “farsa electoral”; “resistir es vivir” (Maruja Torres dixit); “fax enviado a [presidente de España] Mariano Rajoy: dimita por la corrupción”; “Luigi Alvarado y su familia serán desalojados el jueves 17 de julio, a las 12 horas”; “marcha por la dignidad: no a los recortes, no a los desahucios, no más suicidios. Los culpables, a los tribunales”; “*el cas del Jorge i la Maria: la vostra crueltat no té límits. A la injustícia d'aquest cas s'hi suma l'especial cruesa dels fets. És injust voler treure de casa seva al Jorge i la Maria, una parella d'ancians amb problemes de salut*”; “te robamos tu casa”, con el banquero del Santander Emilio Botín apuntando con una pistola, como un mafioso ruso; “tu salud no es un negocio. Atención médica gratuita para inmigrantes y *precarios*” [sic; la cursiva, de este reportero]; “*tots som Taksim. Tots som resistència*”, en referencia a las manifestaciones contra el gobierno del primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, en la Plaza Taksim, de Estambul, en el 2013.

ACTIVISTA 2, que podría parecer taciturno, pero con una expresión en la cara que refleja el agotamiento de un velatorio, la extenuación kilométrica de un viaje en carretera, la fatiga de los enfermos crónicos, pero ennoblecido por sus ganas de cooperar, y que se acerca a una pizarrita con los días del mes.—Ahora os vamos a explicar cómo nos organizamos. En la página web tenéis todos los documentos, os los podéis descargar. Y el *Libro Verde de la PAH* en el que se explica todo, todo. [Guía básica para conocer cómo funciona este “movimiento por el derecho a la vivienda”.] Nosotros también abrimos fichas para nuestro propio archivo, en las que ponemos el nombre, vuestra dirección, el caso... Bueno, pues lo que leéis aquí es la semana de la PAH: los lunes, asamblea de bienvenida; los martes, coordinaciones y acciones: si hay que ir a un banco determinado, se va; los miércoles, ayuda mutua a puerta cerrada: se echa la persiana y aquí, con un psicólogo, hablamos de cómo nos sentimos nosotros, no se habla sobre nada de dinero; los jueves, talleres: por ejemplo, el taller de la ‘obra social de la PAH’, para recuperar los pisos que

se quedan los bancos; los viernes, [reuniones] colectivas. Y los sábados y los domingos, huerto. Y luego, tenemos las comisiones: comisión de limpieza, de escraches, plan de ataque... Nos comunicamos por wasap, tuitar y telegram, entre otras redes sociales.

MODERADOR, paternal, como un Ulises sin patria o un miembro de los equipos de rescate en los accidentes aéreos.—Sobre todo, hay que tener paciencia y tranquilidad, y las dudas hay que exponerlas...

ACTIVISTA 3.—No basta con leer el *Libro Verde de la PAH*, hay que venir aquí, con el grupo, la fuerza de la PAH está en la calle, y ha conseguido parar, el año pasado, unos mil cuatrocientos desahucios en España. No tenemos varitas mágicas ni hacemos milagros, pero tenemos claro que *sí se puede*. Al principio os temblarán las piernas, cuando habléis por primera vez, pero tenéis que quitaros el miedo, porque sí se puede, sí se puede. La ansiedad la aprovechan ellos, los banqueros, que son expertos en

eso. La mejor manera de aprender es acudiendo a una acción; os sube la bilirrubina. Ahora os explico las tres fases de las ejecuciones hipotecarias: Fase 1: dejar de pagar. Nadie va a la cárcel por no pagar la hipoteca. A nadie le quitan los hijos por no pagar la hipoteca. Tenéis que dejar de sufrir y dejar de *sangrar* a la familia y a los amigos por el acoso bancario. Lo esencial es cubrir las necesidades básicas: comer, vestir, pagar el agua y la luz. Y si tenéis unos ingresos justos, estas son las prioridades. Fase 2: Nos llega la demanda, el tocho, y se ejecuta la subasta. Fase 3: Viene el desahucio. ¿Quién está en la primera fase? [Más de veinte manos, levantadas.]

MODERADOR, con más arrojo que los granaderos, con más tesón que los castores y con más aguante que el Fondo de Liquidez Autonómico.—El peso de las hipotecas, entre todos lo cargamos.

ACTIVISTA 1, transparente como las fundas anilladas, pausado como los sistemas de reconocimiento de la voz, con la paciencia de las madres de

Soacha.—Pedimos la condonación de la deuda, solicitamos justicia gratuita, nos apoyamos en el artículo 47 de la Constitución española [“Todos los españoles tienen derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada”], queremos alquileres sociales...

AFFECTADO LUIS ENRIQUE, con el acento de un país suramericano, aliviado y feliz.—Mi nombre es Luis Enrique y he firmado la dación en pago [aplausos, que no son tocando palmas, sino agitando las manos en el aire, con los brazos levantados, para no interrumpir las exposiciones]. Quiero decir que hay que insistir al banco y molestarle, y hay que venir aquí, a la PAH, con los compañeros dirigentes.

MODERADOR, imbuido de una fe ciega en el trabajo en equipo, como los pastores de las iglesias evangelistas.—La PAH abre muchas puertas.

NIÑA N, HIJA DE UNA DESAHUCIADA.—Mira, mamá, mira...

Los hijos de los desahuciados que escuchan atentamente –algunos de pie, y otros, sentados– juegan en la pared que da a la calle, junto a la persiana, en un rinconcito con este rótulo que se aguanta con celo en una de las baldas de la estantería: “Nos gusta el orden. Sí se puede. Firmado: los juguetes”. La vocal o de la palabra *orden*, con bombín y una florecita en la cinta.

MUEBLES TIRADOS EN LA CALLE DE JOAQUIN COSTA.



Coches de bombero, muñecas y monigotes de trapo. Y libros infantiles, y para adultos: *El sombrero de tres picos* (Cátedra, 1990); *Moisés, 'El príncipe de Egipto'* (SAV, 1998), y *El gat amb botes* (Edicions 62; le falta la mitad de las páginas, incluida la página de derechos).

Y entre los libros y los cochecitos, pegatinas de verde fosforito: “Este banco engaña, estafa y echa a la gente de su casa. ¡Que se sepa!”.

El soliloquio

Al final, el iPhone 3, con conexión a Internet, sí es una bendición.

El Cerrajero C (“servicio urgente 24 horas”) recibió la llamada pasadas las nueve de la noche de un viernes de octubre de tristezas permanentes.

V, sudoroso.—¿Podría venir a mi casa? Me han forzado la puerta. He metido la llave y me he quedado con el bombín en la mano.

La llamada la hacía la Víctima V (Ourense, 1975). Presumiblemente, en algún momento entre las nueve de la mañana y las ocho de la noche, alguien, uno o varios individuos, había allanado su morada.

C, acostumbrado.—Deme su dirección.

En el piso tal (un tercero) del número tal de la calle tal, en la Zona Franca de Barcelona, la Víctima V se angustiaba.

Azorado como un alumno que repite curso, traicionado como un jurista francés, intransigente con los prejuicios, las desigualdades y los desaires, aguardaba al Cerrajero C en el portal de la escalera del número tal de la calle tal.

La Víctima V se mordía las uñas, rechinaba los dientes por la larga espera, que rebasó la hora larga: “Pero ¿es que no piensa venir nunca?”. Se atormentaba, se contorneaba, se deshacía en veleidades, junto con su pareja, la Mujer M, de ojos verdes y armada con la lógica inductiva de sus presentimientos, que le había salvado de la desolación.

La Víctima V tiene una niña, fruto de una relación sentimental anterior. El modesto piso en el que vive solo, en el número tal de la calle tal, ocupa unos cincuenta metros cuadrados; una habitación. Cada mes, paga 570 euros de alquiler.

Entre tanto, llamó a sus Padres P, a quienes convenció para que no se plantaran allí. Mientras, la

Mujer M le consolaba, rabioso como un perro apaleado.

El Deseado, con la mochila de los carteros a cuestas, hizo acto de presencia. Le cortó el paso la Víctima V.

V, sufrido.—¿El cerrajero?

Pasadas las diez de la noche, el ascensor de la finca se paró en el tercero. V, C y M salieron al rellano como tres pulmones obstruidos a los que hay que conectar a una bombona de oxígeno para ventilarlos.

C, profesional.—¿Quiere que compruebe si le han entrado?

V, tímido.—Adelante.

En cuestión de segundos, con una fina tira de papel de lija, el Cerrajero C dio por acertadas sus conjeturas.

C, demoledor.—En efecto, le han abierto la puerta.

V, incrédulo.—¿Seguro?

C, rotundo.—No hay puerta que se resista, todas se pueden abrir. Lo único que uno puede hacer es complicar la labor de los ladrones. ¿Quiere pasar

adentro? Lo digo porque, por experiencia, he tenido casos en los que los cacos están todavía en el piso.

V, cabreado.—Lleva casi dos horas en la calle, ya estoy hasta los huevos. Abra.

C, tranquilo.—En cualquier caso, llame a la policía.

La Víctima V llamó a la Guardia Urbana.

El Cerrajero C sacó el destornillador. En un santiamén, la puerta cedió.

La Víctima V echó un vistazo rápido, con los ojos de los fiscales anticorrupción. Murmuraba entre dientes, con el sonido del frío viento: “Parece ser que no se han llevado nada”.

El televisor con pantalla de plasma seguía colgado en la pared.

El ordenador portátil seguía sobre la mesita del comedor.

El equipo de música, apagado, en el mismo rincón.

La Víctima V entró en el dormitorio. Se sobresaltó. Los cajones del armario empotrado, abiertos; la ropa, revuelta; las facturas, esparcidas por el suelo.

Farfullaba un no sé qué, instintivo, aplatanado, contrariado: “Pero lo tengo todo, no se han llevado nada...”.

El pasaporte seguía en el primer estante.

El número de lotería de Navidad, intacto, descansaba sobre la mesita.

La lámpara, apagada, en el mismo rincón que la música.

GU, serios.—¿Quiere poner denuncia?

Impotente (“que tocaran mis cosas me hizo sentir como si me hubieran violado”), la Víctima V no se dio cuenta de que la pareja de la Guardia Urbana GU, sigilosos como viudas negras, ya se había personado, quince minutos después de que se requiriera su presencia.

“No, porque no tengo seguro”, se desentendió V, sobrepasado como una prostituta con una fila de clientes.

“Conformes. ¿Le han sustraído algo?”, inquirieron, impávidos como los nigromantes.

“Parece ser que no”, colegía V, abrumado como los soldados australianos en Galípoli.

“Es normal que le hayan desordenado el dormitorio. Cada vez más, los ladrones prescinden de los objetos pesados, difíciles de colocar en el mercado negro. Van directamente a la habitación, porque buscan dinero en efectivo y joyas. Por eso inspeccionan también el lavabo, porque las mujeres suelen dejar los pendientes en la pica”, le reveló la pareja de la Guardia Urbana GU, atemperados.

La Guardia Urbana GU le dio las buenas noches.

La Mujer M le acariciaba el pelo, como un gato que busca protección.

El Cerrajero C pasaba la minuta de la nueva cerradura que le había instalado —con más cilindros, para que un taladro no los reviente con tanta facilidad—: “Serán 90 euros por la apertura de la puerta y 150 euros por la cerradura de llave plana, más IVA. En total, 290,85 euros. Tendría que ser en metálico”.

La Víctima V, a quien se le llevaban los demonios, bajó a la calle, entró en el cajero, sacó 300 euros. Subió de nuevo, en el ascensor, encrespado como un teatro de pelucas, caluroso como un beso en el cuello, ofendido como un dios repudiado.

“Le seleccionaron a usted porque su puerta era la más fácil de abrir. Le recomiendo que eche la llave cuando se vaya, que eche el pestillo siempre que se vaya a dormir. Quizá son tonterías, pero con eso les da el doble de trabajo, y al final se van a otra puerta más sencilla de abrir. Y contrate un seguro, aunque sea por el mínimo valor de lo que tenga, porque nunca se sabe, ya ve. Pero no se atosigue, que si no han visto nada para llevarse, no volverán, seguro”, se explayó el Cerrajero C, con la mirada fija, con los dos ojos de pie, como si fueran dos agujas intradérmicas que poseyeran el don del habla.

La Víctima V no pegó ojo en toda la noche. Sin ser consciente de ello, había cristalizado en su interior la teoría de la “sociedad del riesgo”, del alemán de la London School of Economics Ulrich Beck: “La psicosis se apodera de ti: ‘Y ¿si me entran mañana?’. Y genera malestar en tu entorno, presa del pánico, que también se pregunta lo mismo: ‘Y ¿si me entran a mí un día de estos?’”.

Dos semanas antes, uno o varios canallas habían rajado la persiana del bar de enfrente, habían destro-

zado la máquina tragaperras y se habían llevado no más de cincuenta euros, en monedas. Dos semanas después, uno o varios canallas perturbarían la paz de la iglesia de Sant Medir, en Sants. Su botín: unos cuarenta euros de las limosnas del cepillo.

Al día siguiente, sábado, en el tercer piso del número tal de la calle tal, los rayos dorados del sol sosegaban, amortiguaban el malestar, reblandecían cualquier rencor. La víctima V recogió a su Niña N, de nueve años. De vuelta al piso, más calmado, más atento, menos distraído, se echó en el sofá. La Niña N entró en la habitación para recoger su hucha, un monedero con forma de búho comprado en las tiendas Desigual.

El mangante o los mangantes le habían quitado sus ahorros: 15,45 euros. Lo único que se habían llevado.

Disgustada, la Niña N reaccionó de esta manera: “Papá, son unos sinvergüenzas”.

La Víctima V le dio un billete de 20 euros.

N, inocente.—Pero si me das 20 euros, tú te quedas sin nada.

V, atribulado.—Cariño, tu papá ha perdido mucho más.

N, colérica.—Con lo que me ha costado reunir el dinero... ¡Sinvergüenzas!



El tacatá

Sujeta al tacatá, con el que arrastra los achaques de la longevidad, L. P. (1943) se lamenta de haber comprado *La Vanguardia*: “La Fiscalía Anticorrupción imputa a quien fuera presidente de Catalunya Caixa, Narcís Serra, por sus retribuciones desproporcionadas”. El exministro de Defensa Narcís Serra ha cobrado más de veinte mil euros mensuales.

Instintivamente, L. P., vecina de Mollet del Vallès, rompió los lazos que la ataban con Catalunya Caixa desde hacía décadas. Hace unos meses que dio de baja la cuenta corriente en esta entidad.

L. P. ha ganado el juicio que la ha enfrentado a Catalunya Caixa (CX, “trae tu nómina y llévate

una sonrisa a final de mes”), nombre comercial de Catalunya Banc, S. A., banco que ha sido nacionalizado durante el Big Crap, que padece España desde el 2008. Y por haber ganado, se siente razonablemente jovial; incluso le ha remitido la mala circulación de la sangre, que le hervía desde que se vio envuelta en la maraña de papeles y medias verdades que su “banco” utilizaba para quitarle los ahorros.

Casada con L. E. (Luco de Bordón, Teruel, 1935), en septiembre de 1996 el matrimonio decidió meter su dinero “en un depósito de rentabilidad elevada del que podrían disponer en cualquier momento”, según palabras del asesor financiero de la oficina 0484 de Catalunya Caixa, en la avenida Caldes de Montbui, en el barrio de Plana Lladó de Mollet del Vallès (Barcelona). En realidad, lo que estaban contratando era una “deuda subordinada de primera emisión”, especie de acciones que se podrían vender en una bolsa de pequeña escala. El equivalente de las malogradas *participaciones preferentes* que borbotearon durante el auge de la burbuja inmobiliaria. En total, metieron en este “producto” 39.065,65 euros.

Fue en diciembre del 2012, cuando los dos sobrinos de L. P. se dispusieron a tramitar la herencia de L. E., fallecido pocos meses antes, cuando se dieron cuenta de que su tía había invertido en un “producto muy complejo”, y cuyo capital no podía ser retirado.

Entonces, se presentaron en el bufete Porras Abogados (www.pyasabogados.com) y se pusieron bajo el amparo y el asesoramiento de la abogada Ana Torrents (Sabadell, 1989).

“Las obligaciones que el matrimonio de ancianos había adquirido en la sucursal tenían unas características propias de alguien que fuera profesional. Ni L. P. ni L. E. eran inversores, y a ellos no les dijeron que podrían perder el dinero. Les engañaron, porque no les informaron del riesgo del producto, y el banco no actuó con la lealtad, la transparencia y la diligencia requeridas en su proceder”, declara Ana, licenciada en Derecho por la Universitat Pompeu Fabra y con la rectitud del egregio Atticus Finch en *Matar un ruiseñor*. “Además, una vez nos metimos en el caso, el banco se desdijo y no quería devolver el dinero.”

Efectivamente, a la solicitud de información por parte de la afectada L. P. (“ruego que me faciliten duplicado o copia del contrato firmado con ustedes donde figuren todas las condiciones”), le siguió una contestación sorprendente e injustificable: “Los documentos se han extraviado”.

En marzo del 2013, la jurista con coraje Ana Torrents, de Porras Abogados, presentó una demanda de juicio ordinario contra Catalunya Caixa en el juzgado de primera instancia número 38 de Barcelona. Uno de los argumentos utilizados, con el que sustentó su decisión, fue el siguiente: “La entidad bancaria ofertó las obligaciones subordinadas [*participaciones preferentes*] y tal oferta y comercialización del producto la hizo sin entregar folleto informativo alguno”.

A los artículos, con sus matices y sus bises, al malicioso mercado de valores, a los componentes de intimidación y dolo con los que se embadurnaba el escrito de la causa, Catalunya Caixa (“*Dipòsits, comptes, targetes, fons, hipoteques, préstecs personals*”, que en el 2010 había recibido la ayuda del Estado español, cuantifi-

cada en 1.315 millones de euros), repuso lo siguiente: no se puede probar el “vicio en el consentimiento” porque el marido de L. P. ya ha fallecido. En términos jurídicos, “falta de legitimación activa *ad causam*”.

El 8 de julio del 2013, y siguiendo la estrategia planteada por Ana Torrents, la vecina L. P., de 70 años, y aquejada de las articulaciones, se acogió al “canje” de acciones de Catalunya Caixa “no admitidas a cotización en un mercado regulador”.

NIÑA QUE TRABAJA RECOGIENDO BASURA DE LOS CONTENEDORES,
EN EL BARRIO DE HOSTAFRANCS.



Según el comunicado de CX, titulado “*bescanvi d’instruments híbrids*”: “*Ens dirigim a vostè per comunicar-li la recent Resolució de la Comissió Rectora del FROB [Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria], publicada en el BOE de data 11 de juny de 2013, on es determinen les condicions de la recompra en efectiu de les diverses emissions de participacions preferents i obligacions subordinades per part de Catalunya Caixa, així com la seva posterior reinversió en accions de nova emissió de la mateixa Entitat o, per a determinades emissions, l’opció de constituir un dipòsit bancari*”.

La carta enviada por CX finalizaba así: “*Amb l’objectiu d’acompanyar-lo en aquest procés, recordar-li que el seu Gestor de Catalunya Caixa està a la seva disposició per ampliar-li tota la informació i resoldre qualsevol dubte sobre el seu cas en particular*”.

Pero la letra pequeña no dejaba lugar a dudas: “*Aquest document no revela tots els riscos ni altres aspectes significants relacionats amb la inversió en els valors-operacions de Catalunya Caixa*”.

Es decir, L. P. aceptaba perder dinero, a regañadientes.

Por eso, el 8 de julio del 2013, entregó a la oficina bancaria, para que se la sellaran, una instancia: “Esta venta [el canje, la recuperación de parte de los ahorros] NO IMPLICA que tengamos conocimientos financieros ni que seamos conocedores del funcionamiento de los mercados financieros. Esta venta no implica que aceptamos ni implícita ni tácitamente el canje forzoso [...] ni que renunciemos a las acciones legales oportunas frente a tal situación”.

El juicio en el que la mosca L. P. se enfrentaba a los pesos pesados de Catalunya Caixa se celebró el 5 de septiembre del 2013.

Y el juez Francisco González falló a favor de L. P., que respiró aliviada: “[...] Que estimando la demanda interpuesta por Doña L. P. contra Catalunya Banc, S. A., DEBO DECLARAR Y DECLARO la nulidad del contrato de compra de la emisión de deuda subordinada por vicio en el consentimiento y error en el objeto del mismo”.

Entre otras cosas, el juez reprendía al banco por la falta de información suficiente, “clara, directa y com-

previsible”, acerca de las verdaderas características del producto contratado.

Y le estiraba de las orejas por la falta de “orientación y advertencia apropiada” sobre los riesgos a los que se atenía el matrimonio de viejitos.

Finalmente, y según esta sentencia, de los poco más de 39.065,65 euros invertidos, L. P. recuperaría 20.967 euros.

Para la letrada Ana Torrents, orgullosa de su actuación, supone el pleito más importante de su vida, su particular Austerlitz: “Este tipo de sentencias deberían servir para que todos los que se sientan estafados presenten una demanda”.

Para la septuagenaria L. P., viuda de L. E., pensionista que ha luchado por recuperar lo que es suyo, supone la justicia hecha flor.

Viernes 25 de octubre del 2013. Cable de la Agencia Reuters: “[Respecto al año pasado] El grupo CaixaBank ha aumentado su beneficio en un 164%”.

*Mapa visual de la mendicidad.
Ficha fotográfica
Samsung Galaxy*

La sonrisa

Disparo por sonrisa: Aribau con Aragón, frente a la oficina 19 de Catalunya Caixa

Temporizador: 19.30 horas, 7 de septiembre del 2013

Modo escena: “Depósito Supertrimestre, te da más aire y más intereses.” Electrocutadas, vibrantes, caras con sonrisas anaranjadas. Prisas adolescentes

que no miran por donde andan, señoronas con el carrito de la compra, medio lleno o medio vacío.

En el peldaño de la sucursal de Catalunya Caixa, un hombre que mira al frente, la mirada perdida, los ojos como rosquillas sin azúcar, agujerados, huecos; ojos barrenados a los que se les ha secado el brillo. De unos cincuenta años, con el cuello esponjado, las rodillas a veinte centímetros de su cara. Viste de manera sencilla, ninguna etiqueta revela la marca. Tonos oscuros, avellanados, los colores de un diorama de sombras. Junto a este hombre de cara compungida, avinagrada, descreída, una mujer sentada a su lado. Ella debe de tener su misma edad, con gafas, actitud suplicatoria, desafiante en su ausencia, si se quiere, como una mujer conduciendo en Riad, que se crece con las prohibiciones. Ella es su hermana. El hombre, que se llama C. P., estira el brazo, abierta la mano, y pide una ayuda. Ningún cartón, ningún mensaje, ninguna exculpación.

Visor de imágenes: La hermana le está apoyando. Este reportero pasa de largo. Al cabo de unos segundos, sin que se detuviera, ha visto cómo una

pareja de mediana edad se apiadaba de él y le daba una cantidad indeterminada de dinero a su niña para que se la entregara al señor convertido en mendigo. Este reportero sigue andando con la imagen en la cabeza. Se para y deshace el camino hecho. La hermana se acaba de ir.

Reportero.—¿Hace mucho tiempo que está aquí pidiendo?

C. P.—Un mes.

Reportero.—Me gustaría quedar con usted en otro momento y que me cuente su caso.

C. P.—Me quedé sin trabajo.

Reportero.—¿Cuántos años tiene?

C. P.—Cincuenta y seis años.

Le facilita su número de teléfono.

Al cabo de unos días, este reportero le llama y quedan al día siguiente, en la plaza Universitat.

Al día siguiente, C. P. es quien llama:

C. P.—No puedo quedar, tengo a mi hermana enferma. Otro día, quizá...

Indudablemente, no desea contar su caso, no desea protagonismo, no espera compasión. A duras

penas se enfrenta a su situación personal, con la voz quebrada, insegura de lo que dice, como la portavoz del Departamento de Estado norteamericano, Jen Psaki, cuando intenta justificar el pinchazo del teléfono móvil de la canciller Ángela Merkel.

Microlenguaje: no hay palabras

Días más tarde, C. P. tendrá un empacho de sonrisas de nóminas CX, cuando escuche las declaraciones del imputado Narcís Serra a la salida del juzgado: que subirse el sueldo aún más, sueldo de más de doscientos mil euros por mes, era conveniente en momentos del Big Crap.

Sin palabras.

El lobo

Cuando el invierno embota los sentidos, el lobo de la serranía baja de las montañas en busca de alimento. Cuando el Big Crap atenaza, el afilador Amadeo Vázquez (Ourense, 1950) abandona el barrio de La Verneda y sube hasta más arriba de la avenida de la Diagonal, en la zona alta de Barcelona. Allí hace sonar la flauta de pan, de plástico (“una vez tuve una de madera, carísima, y la acabé vendiendo”), con esa melodía tan característica, como una zampoña o el trino de un pájaro. Frente a la rosticería Chez Cocó, y a pocos metros de una tienda de Rolex y de las firmas de moda, Amadeo camina, con las manos en el

manillar de la Derbi Variant (antes iba en bicicleta), insuflando aire al instrumento, con el fin de atraer a nuevos clientes. Su imagen podría ser la de uno de los peregrinos cuya causa recogió el conde Alexis de Tocqueville en *La democracia en América*.

“No te creas, que, muchas veces, de las tiendas de Zara salen las encargadas con las tijeras, para que las afile”, responde este hombre sin grasas, con un acento gallego cerradísimo, indiferente como un especialista en termodinámica o como François Hollande contestando las preguntas de los periodistas congregados en las ruedas de prensa del Palacio del Elíseo. “Por unas tijeras cobro unos tres euros; los cuchillos los cobro a dos euros.”

El motivo por el que la desplumada figura de Amadeo se deja ver por la Diagonal se debe a la enorme competencia que encuentra en su gremio: “Cada vez hay más jubilados que no tienen ni idea de hacer este trabajo y que van por ahí reventando los precios. Pero, sobre todo, los chinos. El otro día había un chino que le puso un motorcito a un carro de la compra y que cobra los cuchillos a un euro.

¿Eso es trabajar? O bien se emplean por una tarifa fija por mes: 10 euros por mes independientemente del trabajo que se haga. ¿Qué se puede hacer ante eso?”.

Amadeo Vázquez, con bigote recortado y calado con una gorra de promoción, llegó a Barcelona en 1973, “solo y con poco dinero”. A la familia la había dejado en Madrid, adonde había llegado por puro oficio: los tíos y los abuelos de Amadeo habían abierto cuchillerías, de ahí su ligazón con esta profesión. “Mi primo tiene la cuchillería Yáñez, en la calle Casanova, y es muy bueno”, sostiene, y lo cree firmemente.

En Barcelona, Amadeo se dedicó a la hostelería, más habituado a lavar platos que a prepararlos: “Soy muy malo en la cocina”.

Hace unos quince años, retomó el oficio paterno, y le gusta, porque, como él dice, también es un arte: “No se puede coger el cuchillo de cualquier manera, es como una mujer, hay que saber manejarla, porque si no, se hace sierra. Y hay que tener buen pulso. El cuchillo, primero, se ha de vaciar, para después ahondar en el corte, y lijarlo. Hay que aprender, aprender,

que abundan muchos chapuceros por ahí”, se explica, y recurre a los sacos de sabiduría popular de la que se ha empalagado a lo largo de los años.

Por las calles que rodean el Mercat de la Llibertat, en Gràcia, su mejor zona, con árboles frondosos como catalpas, le reconocen los hosteleros:

—Gallego, ¿cómo que no vino la semana pasada?

Y él, siendo un ilusionista al que le agrada mover los dedos entre los filos —más de una vez se ha hecho cortes profundos—, se deja querer. Apostilla: “A este mercado vengo los martes, pero compito con otros tres afiladores. Y aquí, en la charcutería Ayló, en la calle Cigne, he venido desde hace años, años”, subraya.

Los clientes de este afilador gallego son varios: “Yo tengo el bingo Don Pelayo, el restaurante de la Barceloneta Salamanca, el Hotel Catalonia, la Casa Marcelino...”.

“Yo no abuso, yo cobro lo justo. Me quedan dos años para jubilarme, pero no puedo coger la moto y cruzar la ciudad para que me paguen menos de un euro por cuchillo, con el que estoy bien bien diez

minutos”, reprende, y enfatiza la cantidad monetaria, y se lamenta de que, por mucho que alargue la jornada, hoy uno no se hace con un mísero sueldo. Lo dice con el mismo fervor que el Papa Francisco critica el “fetichismo” financiero.

“En mis mejores tiempos yo he llegado a hacer unos ochenta euros por día. Durante muchos años fui a casa del [expresident de la Generalitat de Catalunya] Josep Tarradellas. Conocía al portero, un andaluz muy majo, que siempre me recomendaba y me decía: ‘Suba usted a la cuarta planta, que le esperan’”, se ablanda, y casi se relame, porque la historia ya se aleja sin remisión: “Tarradellas vivía en la cuarta planta de una finca en Ganduxer con Via Augusta. Su mujer siempre me saludaba, muy amable ella, y me daba unos trece o catorce cuchillos”.

Delante de marisquería Botafumeiro (Gran de Gràcia, 81) Amadeo hace chiflar el silbato. Deja la moto fuera, en la acera. Entra en el local, con las sillas aún sobre las mesas desgastadas. En las paredes, las fotografías de los comensales vip: la actriz Eva Longoria, el expresidente de los Estados Unidos

Bill Clinton y el exfutbolista del Real Madrid Raúl González, que comen callos, zamburiñas y gazpacho.

Al fondo, en la cocina, un batallón de hombres con delantales blancos, a punto de descargar el camión-nevera que llega de Mercabarna cargado de percebes. El encargado va llenando de cuchillos la bandeja plateada (23 piezas). Y Amadeo, con paso ligero, sale a la calle, rumboso, sin prestar atención ni devoción a ninguna de las estrellas del firmamento gastronómico que también ha visitado el Botafumeiro, con boato y alcurnia.

Se pondrá las gafas de sol, para evitar que le salte al ojo alguna muesca. Durante dos horas, hará girar la piedra, después de haberla limpiado con un “quitador”. Se ganará unos treinta euros, o poco más.

“Ya no se trabaja tanto. Noto mucho la crisis porque me encuentro con un montón de chapuceros que me quitan clientela. Y si antes hacía 12 cuchillos en un establecimiento de restauración, ahora hago la mitad: disminuye el servicio. Además, me tienen que operar de cataratas del ojo izquierdo, así que no sé qué haré”, se resigna, sin asombro ni culpa.

Lo que sí le preocupa tiene que ver con su noble arte: “Pero, como mínimo, los cuchillos, cada mes y medio, se han de afilar. Si no, no cortan. Y ¿cómo se puede usar un cuchillo que no corte”.



Hacer del banco tu casa

El futuro

“Para mí, lo primero es mi futuro.”

Lo dice una chica que teclea en un ordenador y cuya imagen, de tres metros de largo, está pegada en un panel de acrílico sobre la fibra de vidrio de la oficina 483 de “la Caixa” (Comte d’Urgell, 240). A la altura de la tapa de su portátil, apoyado en el cristal, David García (Barcelona, 1979), mendigo ocasional. Un cartón doblado con estas letras: “Soy joven sin trabajo y sin cobrar ninguna ayuda. Pido una ayuda por pekeña ke sea. Gracias” (sic).

Trabajador de la construcción, David, delgado como una pulsera, aguanta con estoicismo jornadas de 12 horas pidiendo unas monedas. Dubitativo, con los ojos tristes pero con la mirada clara, se le ve tan natural y entero, entre conformista y amodorrado, que parece que sabe de antemano los días que aún permanecerá en la calle, como si fuera un pastor trashumante que guardara el rebaño de corderos manchegos. Pero no pierde la simpatía, y su actitud llana le vincula con esa especie de hombres que no saben escribir correctamente *hemofílico* y que se calientan dulcemente al sol.

“Yo estoy aquí desde las nueve de la mañana. Como sobre las tres de la tarde, si tengo para comer. Y luego estoy hasta las nueve de la noche, más o menos. Y entonces me meto en el cajero, adentro. Y ahí me tumbo y me duermo. Esta es mi vida. Bueno, los martes y los sábados por la mañana me ducho en casa de mis familiares”, describe David, que borborea desde abril del 2013, y que apenas se inmuta por el sinfín de personajes que se le cruzan durante horas: estudiantes, camareros, comerciales... y tanta gente

como los indignados que claman contra el Gobierno de Rousseff, en la Primavera Tropical de Brasil. “Me pongo aquí, siempre, en la puerta del banco, porque en este sitio estoy más cómodo. Y aquí siempre viene gente.”

Su opinión sobre la actual crisis económica, su vía crucis, es mala: “Yo trabajaba en la obra hasta que todo se cerró”.

Su opinión sobre el rescate a los bancos es peor: “Ya cerrarán ellos también”.

Su opinión sobre la recaudación del momento, nefasta: “Hoy solo dos euros. Pero la media son siete euros”.

Y su máxima preocupación, ahora, el fútbol, el gas pimienta de la sociedad: “Hoy [22 de junio del 2013] estaré menos tiempo. A las ocho me iré, porque quiero ver el Girona [el Girona Futbol Club y la Unión Deportiva Almería se han jugado el ascenso a la liga de primera división; perdió el Girona]”.

“Estuve mirando la asistenta de los servicios sociales del Ayuntamiento, pero nada. Y estoy esperando eso de Europa, el fondo ese...” Se refiere David

García al Fondo de Garantía Salarial, dependiente del Ministerio de Empleo y Seguridad Social, y que se retrasa en el pago de las indemnizaciones pendientes debido a la insolvencia de las empresas.

“Para mí, lo primero es mi futuro.”

Jesús Martínez

DAVID G. (BARCELONA, 1979), MENDIGO OCASIONAL, DELANTE DE LA OFICINA 483 DE “LA CAIXA” (COMTE D’URGELL, 240).



“Aquí todos nacimos en barrios que os sobraban, rodeados de cosas que os sobraban, a la espera de que creciéramos, envejeciéramos, nos *deconstruyéramos*, para ser más exactos, y entonces podríais enviarnos a vuestros sociólogos, a vuestros psicólogos sociales, al alcalde en funciones, al concejal peor vestido, a los hijos de barrio que prosperaron y nos dieron el ejemplo de que con talento y esfuerzo se puede salir de los barrios que os sobraban, es decir, nos dais la ciencia social que os sobra, la psicología que os sobra, el alcalde que os sobra, la mirada de solidaridad que os sobra y el miedo que os sobra porque a veces pensáis que podríais haber nacido vosotros mismos en los barrios que os sobraban, es decir, que vosotros mismos podríais ser las sobras y por eso bajáis por aquí a vernos interpretar

el papel de clases subvencionadas, ni siquiera ya necesarias para el aparato productivo por cuanto la robótica nos ha sustituido y nuestra condición de indígenas de barrios sobrantes no puede competir con las sobras de otras latitudes más depauperadas. Por eso nos dejamos hacer fotografías antes de que descubráis nuestra inutilidad, nos acabéis de tirar el paisaje al suelo y comprendáis que ya ni siquiera os sobramos, porque no tenéis barrio donde meternos. Yo me he roto un diente con un martillo para poder sonreiros tal como os esperabais. Pero no nos abandonéis. Al fin y al cabo somos los indígenas más accesibles, y si nos lo proponemos también somos bilingües.”

Manuel Vázquez Montalbán, periodista y escritor

“Es difícil observar la pobreza; no así la mendacidad, que es un estado oscilante entre la picaresca, la degradación y la marginación sin salida. El pobre tiende a hacerse invisible, a no dejarse ver por los miembros de otras clases; es reacio a dejarse interrogar y a facilitar información sobre él mismo. De ahí que sean muchos los que ante cierto despilfarro de la sociedad que les rodea se pregunte: ‘¿no dicen que hay crisis, no dicen que hay pobres?’. Por si faltara poco, los poderes públicos, los partidos políticos y los sindicatos no quieren difundir la imagen de la pobreza. [...] Los nuevos pobres son los que han caído por primera vez en la pobreza a causa de la desocupación generalizada.”

La nueva pobreza, de Francesc Candel
(Plaza y Janés, 1989)



El sábado 7 de diciembre del 2013, en el Museu Nacional d'Art de Catalunya, contrajeron matrimonio los multimillonarios indios ShristiMittal y GulrajBehl. Ella, de rojo carmesí; él, montado en un corcel blanco.

En el festejo se gastaron más de sesenta millones de euros.

* * *

Como el presidente de Estados Unidos George Bush, que declaró el fin de la Guerra de Iraq el 1 de mayo del 2003 a bordo del portaaviones Abraham Lincoln, el presidente del Gobierno español, Mariano Rajoy, puso punto final al BC, en el debate sobre el Estado de la Nación del 24 de febrero del 2014: “Hemos cruzado el Cabo de Hornos”.

* * *

Portada del diario *La Vanguardia* del 25 de junio del 2014: “Más de dos millones de niños viven en la pobreza en España”.

“[los manteros] en su mayoría jóvenes atléticos (hay que ser muy fuerte para lograr lo que han logrado muchos de ellos: saltar la valle de Melilla o llegar a la Península en cayuco)”

La Vanguardia, 29 de agosto del 2014

* * *

“Nuevo récord en el número de megarricos en el 2014:
155 personas ingresan en el club de los milmillonarios,
que ya suma 2.325 miembros.”

“La gran banca española se adjudica hoy
12.500 millones del BCE.”

La Vanguardia, 18 de septiembre del 2014



